

IGLESIA DE LA EXALTACION DE LA SANTA CRUZ

A-90-569
EXCLUIDO
DE PRESTAMO

SEPTIEMBRE 1978

SERVICIO DE DOCUMENTACION

AÑO V. NUM. 6

812-34

50.º ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DEL OPUS DEI

I

DECLARACIONES DEL EXCMO. Y RVMO. DR. D. ALVARO DEL PORTILLO

Por Miguel CASTELLVI

II

ESTA ES LA VOLUNTAD DE DIOS: «VUESTRA SANTIFICACION»

Por Cardenal Terence COOKE

III

LAS BODAS DE ORO DEL OPUS DEI

Por Mons. Ignacio María de ORBEGOZO

IV

ES EL GRAN MOMENTO PARA LA ESPERANZA

Por Mons. Francisco PERALTA

V

UN RECUERDO PERSONAL

Por Mons. Eduardo POVEDA

VI

UN HOMBRE DE FE

Por Mons. Laureano CASTAN LACOMA

VII

A PROPOSITO DE UN ANIVERSARIO

Por Mons. Ambrosio ECHEVARRIA ARROITIA

VIII

MAESTRO DE LOS NUEVOS CAMINOS DEL LAICADO

Por Mons. Juan HERVAS

IX

UN MAR SIN ORILLAS

Por Mons. Manuel LLOPIS IBORRA

X

UN HOMBRE DE DIOS

Por Mons. LALLIER

sigue en la última página

DECLARACIONES DEL EXCMO. Y RVMO. DR. D. ALVARO DEL PORTILLO

Entrevista: Miguel CASTELLVI

El 2 de octubre cumplió cincuenta años la fundación del Opus Dei. Los tiempos iniciales, su desarrollo y los rasgos característicos de esta asociación son los temas de la entrevista que me ha concedido su presidente general, don Alvaro del Portillo.

Colaborador directo de Mons. Escrivá de Balaguer durante cuarenta años, fue elegido por unanimidad como su sucesor el 15 de septiembre de 1975. Nacido en Madrid hace 64 años, desde 1946 reside en Roma. Su formación intelectual equilibra perfectamente elementos científicos y técnicos con los humanísticos: es doctor ingeniero de Caminos, doctor en Filosofía y Letras (sección de Historia) y doctor en Derecho Canónico. Pero, sobre todo, es un sacerdote que ha realizado una intensa labor pastoral desde su ordenación en 1944. En su carácter resalta un vivo sentido del humor. Me recibe en la sede central del Opus Dei. Estas son sus respuestas.

—¿Cómo se le ocurrió a Mons. Escrivá de Balaguer, hace 50 años, fundar el Opus Dei? ¿En qué consistió su actividad de fundador?

—El Opus Dei es obra de Dios. Mons. Escrivá de Balaguer se consideró siempre un instrumento inadecuado: “inepto y sordo”, decía. Estaba firmemente persuadido de que “así como los hombres necesitamos una pluma para escribir, Dios escribe con la pata de una mesa”. Quería expresar así gráficamente que la obra es de Dios.

Con esa convicción, añadía: “Lo único que he tenido que hacer, para sacar adelante el Opus Dei, es dejarme guiar por Dios”. Se comparaba —al recordar los comienzos— al pequeño que juega con unos tarugos de maderas de vistosos colores, mientras su padre le va indicando: pon éste aquí, y éste otro allá, hasta que, al final, sale un estupendo edificio. No le gustaba a Mons. Escrivá la palabra “fundador”, precisamente por su cabal convencimiento de que “la Obra no era invención de un hombre”. Indudablemente, en ese “dejarse guiar” por Dios palpataba el latido imponente de toda una vida, dedicada al servicio exclusivo de un designio divino. Una vida densa de oración, de trabajo sin descanso y de sacrificios. Hacer el Opus Dei no era tarea fácil para un sacerdote que contaba sólo —así solía expresarse— “con 26 años, la gracia de Dios y buen humor”, sin ningún otro medio ni un céntimo en el bolsillo. En la raíz del espíritu que movía a Mons. Escrivá está su certeza de que, por ser hijo de Dios, podía contar, para realizar esa tarea, con toda la fuerza de “un Padre que nos quiere más que todas las madres del mundo juntas”. De esta tierna piedad por el Señor y de esta recia fe, hechas fidelidad, saltó hacia fuera la Obra, desde el corazón de un sacerdote enamorado de Dios. De aquí partió todo.

BOLETIN INFORMATIVO IGLESIA DE LA EXALTACION DE LA SANTA CRUZ

Espoz y Mina, 18, Zaragoza-3
Teléfono 22 87 85

SERVICIO DE DOCUMENTACION

Director: EUSTAQUIO SANTED
José Pellicer, 4 B - Zaragoza-4

Depósito legal Z-798-1973
N.º Registro, 2528-35-43-1

CON LICENCIA ECLESIASTICA

Imprime: La Comercial, S. L.
Gral. Millán Astray, 20
Zaragoza 1978

No hay estrategia

—¿Tuvo que superar muchas dificultades Mons. Escrivá, para sacar adelante el Opus Dei? ¿Cuál fue su estrategia para desarrollar la labor?

—Desde luego, tuvo que superar muchas dificultades. Como solía decir, en los años 30, el Opus Dei aparecía como un gran disparate, como una locura. Pero aquel joven sacerdote, de contagiosa simpatía e imperturbable tenacidad, no se paraba ante los obstáculos. Comenzó a rezar con más fuerza, a trabajar, a mendigar oraciones. Y llegaron las bendiciones de Dios. Había espinas, ciertamente, como las hay en el tallo de toda rosa.

No era fácil sacar adelante la tarea de movilizar a personas de toda condición y estado para que, cada uno en su trabajo y con su trabajo en medio del mundo, dieran un testimonio vivo de Jesucristo. No resultaba sencillo hacer comprender entonces que la santidad es para todos; que no están llamados sólo los sacerdotes o los religiosos a vivir con plenitud la vida cristiana; que el lugar del laico no se circunscribía a la sacristía. Que estaba en la calle, en el trabajo santificado, en el hogar, etc.; y que la santidad que la vocación cristiana pide al seglar no era “de segunda categoría”.

Nos equivocáramos si, al contemplar el actual desarrollo del Opus Dei por todo el mundo, con su inmensa variedad de iniciativas apostólicas, pensáramos que es fruto de una estrategia hábilmente programada, o de complicados y acertados análisis sobre las circunstancias históricas o sobre las necesidades espirituales del mundo del siglo XX. No. La actitud fundacional de Mons. Escrivá, y el modo en que el Opus Dei ha crecido, desilusionarían al biógrafo que se acercara a su figura y a su Obra con metros humanos, con el fin de individuar no sé qué genialidades espectaculares y qué medios poderosos para explicar ese gran desarrollo.

El Opus Dei es un fenómeno apostólico que difunde el eco de la llamada de Cristo por todas las encrucijadas de la tierra. Y lo hace de un modo exigente, sin aguar lo más mínimo el mensaje de Jesucristo por ansias mal entendidas de sintonizar con los tiempos. Aquí está la gran valentía de Mons. Escrivá, que puso sobre el tapete, a las claras, sin escamotear nada, todas las exigencias de la vocación cristiana que ha de vivir quien quiera llamarse discípulo de Cristo. Mons. Escrivá no fue detrás del seglar para halagarlo, sino que lo situó ante una fuerte responsabilidad: la de llevar en su vida ordinaria la cruz de Jesucristo, con la alegría de los hijos de Dios. De esta manera, el mensaje de Mons. Escrivá arrastra con la fuerza ideal de la cruz de Cristo y, por esta razón, trasciende los tiempos a la vez que se enraiza en todos. Su labor se entronca con la vitalidad fuerte y fresca de los primeros fieles cristianos. Aunque el Opus Dei durará mientras haya hombres sobre la tierra, no deja de ser elocuente que, en una época de laxismo y cansancio moral, una llamada tan exigente arrastre a millares de personas de toda condición y cultura. Es un signo claro de que, cuando la Cruz de Cristo se alza sobre la tierra, atrae a todos. Así lo había prometido el Señor.

El espíritu del Opus Dei

—¿Podría resumir para nuestros lectores, sin tecnicismos, con el lenguaje corriente, los aspectos capitales de la espiritualidad del Opus Dei?

— Sin dificultad alguna: el espíritu del Opus Dei es precisamente para que lo entienda el cristiano corriente, para ese hombre de la calle, que vive de su trabajo, que con sus amigos conversa de deporte, de arte, de política o de lo que sea; que conoce la risa y el llanto; que aspira a cosas nobles, aunque a veces sepa también de derrotas y de fracasos. A ese hombre se dirige el Opus Dei, para decirle que su vida concreta de cada día tiene un valor divino; que a través del quehacer profesional y en ese quehacer puede encontrar a Dios, tratar a Dios, conocerle y amarle; y que de El aprenderá a amar a los demás con toda la hondura con que nuestro Padre Dios nos ama.

¿Cuáles son los aspectos más característicos del espíritu del Opus Dei? En primer lugar vivir vida de unión con Dios, de oración y de mortificación, en medio de las circunstancias ordinarias en las que se desarrolla la existencia del cristiano, hombre de la calle. Después, en esos mismos ambientes y circunstancias, dar a conocer a Cristo con el ejemplo de la propia vida y con la palabra, como los primeros cristianos —que también eran eso, ciudadanos corrientes—, en la sociedad pagana de su tiempo. Luego, hay otros aspectos del espíritu del Opus Dei, como diría, específicos. Para no alargarme, voy a referirme sólo a dos: el amor al trabajo y el amor a la libertad.

El trabajo es una realidad presente en la vida de todo hombre. Algunos ven en esa ocupación sólo un medio de ganarse el sustento.

Otros, con visión más amplia, aprecian la alegría de una labor bien terminada, que produce cosas bellas, bonitas, acabadas; otros se conforman con la satisfacción de contribuir, mediante el propio esfuerzo, al bienestar de los demás, a la realización de la justicia, al progreso de la humanidad o al servicio de un ideal. El espíritu del Opus Dei recoge todo ese panorama humano y, basándose en la fe cristiana, ayuda a descubrir perspectivas más hondas: el trabajo, todo trabajo, coopera con la obra divina de la Creación y de la Redención, es decir, perfecciona el mundo creado por Dios, y ofrece la posibilidad de encontrar y de amar a Dios, y de acercarse a los hombres a Dios.

Cuántas otras consideraciones podrían añadirse sobre el trabajo; pero pasemos al otro rasgo al que iba a referirme: el amor a la libertad. Mons. Escrivá de Balaguer meditó muchas veces sobre un pasaje del Evangelio, en el que Jesús, dirigiéndose a sus discípulos, les comentó: “Ya no os llamaré siervos... A vosotros os llamo amigos” (Io. XV, 15). Dios, que nos ama, busca amor, por eso cuenta con nuestra libertad; la quiere, porque sin libertad no puede haber amor. Esas ideas fueron, como digo, uno de los temas centrales de la oración del fundador de la Obra. Se conmovía al pensar en la maravilla de un Dios todopoderoso, que ama a los hombres hasta el extremo de olvidar nuestras rebeldías y nuestras infidelidades, de perdonar nuestros pecados, de mendigar de nosotros una respuesta de amor. Y veía con claridad el valor de la libertad, la necesidad de contribuir a que los hombres apreciaran a fondo ese don divino de ser libres. Todo su apostolado, toda su pedagogía estuvo basada en el respeto a la libertad, más aún en potenciar la libertad: aspiraba a que los hombres se sintieran libres y aprendieran a usar de su libertad para el amor y la entrega, no para el egoísmo. “En lo humano —dijo más de una vez— quisiera dejaros como herencia el buen humor y el amor a la libertad”.

—¿Cómo se compagina la libertad personal con la pertenencia al Opus Dei?

—En primer lugar, quien participa del espíritu de nuestra asociación lo hace libremente. Además, el Opus Dei se limita a impartir una sólida formación cristiana y no a difundir una filosofía social, política, económica, etc. El denominador común de los socios del Opus Dei —en cualquiera de los países de los cinco continentes en donde hay personas de la asociación— es mínimo. Coinciden todos en considerar su trabajo —el que sea— como parte integrante de su vocación cristiana, a cuya plenitud aspiran precisamente a través de la santificación de su propia ocupación. Pero en todo lo que se refiere al inmenso campo de sus preferencias temporales no esperan recibir ni reciben consignas del Opus Dei. No hay por tanto ninguna tensión en compagnar la libertad personal con la pertenencia al Opus Dei; entre otras razones porque —como le apuntaba antes— la Obra estimula la conciencia y el ejercicio de la libertad personal en todos los socios para que asuman con entera libertad, autónomamente, sus decisiones.

Desarrollo actual

—¿Puede darme algunos datos sobre el desarrollo actual del Opus Dei?, ¿está usted contento con el panorama que ofrece su apostolado?

—En la actualidad forman parte de la Obra unos 70.000 socios de más de 80 nacionalidades diversas. Hay labor estable en casi todos los países de Europa y América y en bastantes de Asia, Africa y Oceanía. En todos los sitios, la Obra realiza lo que constituye su tarea principal: formar bien a sus socios en la doctrina católica y proporcionarles la necesaria atención espiritual y sacramental: para que cada uno, individualmente, ejercite su labor apostólica de cristiano en su propio ambiente familiar, profesional y social.

Además, en esos mismos países, los socios del Opus Dei —junto a una gran cantidad de personas que no están asociadas a la Obra y que muchas veces no son católicas— han promovido innumerables labores de apostolado que sería largo detallar: desde universidades a escuelas de formación profesional para obreros y campesinos; clínicas y centros asistenciales; escuelas de economía doméstica y de formación para la mujer, etc. En cualquier caso, siempre son actividades con fines exclusivamente apostólicos y con características seculares, de acuerdo con el espíritu propio de la Asociación.

¿Si estoy contento? Me parece recordar que, hace algunos años, otro periodista dirigió una pregunta muy parecida a Mons. Escrivá de Balaguer, y su respuesta fue más o menos la siguiente: ¿Cómo podría no estarlo si el Señor ha obrado tantas cosas grandes? Debo hacer más esas palabras, porque en estos cincuenta años de historia del Opus Dei ha conocido ciertamente dificultades —forman parte de la vida humana—, pero ha crecido y se ha desarrollado prodigiosamente y continúa extendiéndose.

Debo añadir lo que digo siempre que se me formula una pregunta como la suya. Al manifestarle estas realidades —y no tengo más remedio que hablar así, porque no puedo negar la verdad—, no siento el menor orgullo: veo claramente que todo es don de Dios. Si surge en mi corazón algún sentimiento, es el de una

cierta turbación, porque los dones de Dios traen siempre, aparejadas, exigentes responsabilidades: la llamada a una fidelidad cada vez más plena a la propia misión, a una entrega cada vez más decidida al servicio de la Iglesia, del Romano Pontífice y de los obispos en comunión con la Santa Sede y de todas las almas, permítame, por eso, que termine pidiéndole a usted, y a sus lectores, que recen por mí.

La muerte del Papa

—No podría terminar esta entrevista sin pedirle unas palabras sobre el Papa Juan Pablo I, recientemente fallecido.

—Cuando me dieron esa tristísima noticia, inesperada, me quedé destrozado. Busqué refugio en el Señor, mientras me repetía: Dios sabe más, aunque a los hombres muchas veces nos cueste entender sus caminos.

Desde que apareció ante la muchedumbre reunida en la plaza de San Pedro, cuando lo eligieron, para dar su primera bendición, Juan Pablo I ya nos había ganado a todos, a los católicos y a los no católicos. Después, en cuatro semanas de pontificado, este Papa ha suscitado una gran corriente de espiritualidad en el mundo entero: su sonrisa espontánea, tan propia de la persona que está muy unida a Dios, su sencillez sacerdotal, su palabra llena de unción y asequible calaban muy hondo. Pienso que, en este mes de catequesis, ha puesto en evidencia las grandes ansias que tiene la gente de oír hablar de Dios. Con fe viva, con cálida convicción. Su Santidad Juan Pablo I ha desarrollado durante su breve pontificado una labor ingente, con su gran acción de catequista, precisamente porque era hombre de oración, con celo por las almas, y porque era un sacerdote tenaz en el estudio, firme en la doctrina, y con inmenso corazón de pastor.

No puedo olvidar que uno de los últimos artículos periodísticos del cardenal Luciani, antes de ser elegido Papa, fue sobre el Opus Dei y su fundador. En ese escrito, el entonces patriarca de Venecia demostraba un profundo conocimiento de nuestro espíritu, y un gran afecto a la Obra. También recuerdo con emoción las varias veces que acudió a rezar a la tumba del Fundador del Opus Dei. Ahora, nuestro deber es rezar, con oración y mortificación intensa, con un trabajo bien hecho. Rezar por el Papa que ha fallecido, y rezar por el que ha de venir, con el fin de que Dios le ilumine y le guíe en su pontificado.

(“La Vanguardia”, 1-X-78)

II

ESTA ES LA VOLUNTAD DE DIOS: «VUESTRA SANTIFICACION»

Cardenal Terence COOKE, Arzobispo de Nueva York

En 1928, en Madrid, un sacerdote de 26 años de edad fundó el Opus Dei. Josemaría Escrivá de Balaguer comenzó así una labor apostólica querida por Dios. Muy pronto le siguieron miles y miles de hombres y de mujeres que querían santificarse en medio del mundo, sin abandonar su condición de profe-

sionales, trabajadores, artistas; solteros, amas de casa, maridos, sacerdotes diocesanos, etc.

Cualesquiera que fuesen sus obligaciones diarias, todos se dieron cuenta, por medio del Opus Dei, de que su vocación a la santidad era compatible con su vida cotidiana. Para una persona de espíritu cristiano, el trabajo ordinario debe ser un medio para santificarse; y los deberes diarios, un modo de responder a las exigencias de un apostolado activo.

Mons. Escrivá de Balaguer enseñó que la oración, el trabajo y el apostolado deben entrelazarse en la vida cotidiana del cristiano, en todas las situaciones de la vida. De hecho, el esfuerzo de los cristianos para extender el Reino de Dios —su apostolado— no puede separarse en modo alguno de las circunstancias específicas de la vida de cada uno, porque como ya había escrito en 1932: **... son parte de la Iglesia; esa misión... la realizan a través de su profesión, de su oficio, de su familia, de sus colegas, de sus amigos.**

¡Cómo recuerdan estas palabras a esas otras pronunciadas por el Concilio Vaticano II en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*!: **A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios (...). Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento (n. 31).**

Cuando Mons. Escrivá de Balaguer falleció en Roma, el 26 de junio de 1975, más de 60.000 hombres y mujeres de todas las razas y naciones seguían sus huellas, como socios del Opus Dei, a través de los caminos divinos de la tierra que él había abierto en 1928. Hoy, continúan llegando miles más, que también desean aprender cómo convertir las circunstancias y acontecimientos de su vida ordinaria en ocasiones para manifestar su amor a Dios y su deseo de servir a la Iglesia y a todas las almas.

Nosotros, en la Archidiócesis de Nueva York, hemos sido bendecidos con la presencia de socios y asociadas del Opus Dei, que han encontrado en esta Asociación un camino específico para seguir aquel mandato evangélico: **Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación.**

(“The Catholic News”, Nueva York, 28-IX-78)

III

LAS BODAS DE ORO DEL OPUS DEI

Mons. Ignacio María de ORBEGOZO, Obispo de Chiclayo

El pasado 2 de octubre se cumplieron 50 años de la fundación del Opus Dei —asociación católica internacional— por Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás. Sin hipérbole alguna he de reconocer mi emoción ante la fecha y mi inmensa gratitud al Señor —que se ha volcado en generosidad—, y a la figura egregia de quien El quiso que fuera su instrumento **bueno y fiel** para hacer la

Obra por los cinco continentes del mundo. La evocación de su persona, su gesto, su palabra, su cariño, su fortaleza y su fe llenarán páginas y páginas, a nivel universal. Yo me encomiendo a su intercesión y pido al Señor con la oración para la devoción privada: **haz que yo sepa también convertir todos los momentos y circunstancias de mi vida en ocasión de amarte, y de servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas.**

Es difícil medir la labor de la Obra en estos diez lustros; y, de otra parte, las estadísticas, cifras y números se manejan con un lenguaje tantas veces frío y cerebral. Dios hace las cosas como quiere, y nunca escatima su gracia. Es por eso precisamente por lo que el apostolado del Opus Dei se extiende a tantos países, formando parte de él gentes de todas las razas, lenguas, estados y condiciones. Fenómeno ascético y sobrenatural que trasciende el cálculo, porque es Dios quien da el incremento a siembra tan generosa. La semilla que comenzó pequeña ha crecido, ha dado inmensos frutos sobrenaturales, descubriendo para todos los hombres de buena voluntad nuevos caminos, en medio del mundo. La naturaleza exclusivamente espiritual del Opus Dei es evidente. Puede concretarse —en palabras del Fundador— en contribuir a que haya en medio del mundo hombres y mujeres de todas las razas y condiciones sociales que procuren amar y servir a Dios y a los demás hombres en y a través de su trabajo ordinario. Con el comienzo de la Obra en 1928, mi predicación ha sido que la santidad no es cosa para privilegiados, sino que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas, lo que trae como consecuencia el amor a la libertad, la confianza en la condición propia del cristiano en medio del mundo, capaz de actuar con completa independencia y con responsabilidad personal.

Seguir a Cristo en silencio, eficazmente, trabajando sin hacer cosas raras, poniendo esfuerzo para vivir la presencia de Dios a través de esa ocupación que llena el día. Ese ha sido el lema de su vida santa y esa la herencia para los miles y miles de hijos suyos, esparcidos por toda la tierra: **Se trata de santificar el trabajo ordinario, de santificarse en esa tarea y de santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión, cada uno en su propio estado.** En ese nuevo estilo ha estribado concretamente la novedad, porque la Iglesia y la Ciudad no son como el trigo y la cizaña, como alguien dijo alguna vez. Doctrina que Mons. Escrivá de Balaguer supone encarnar a la perfección enriqueciéndola con virtudes heroicas, con las que el Señor le premió como consecuencia de su correspondencia al querer de Dios, un día y otro, sin condiciones. Así hasta que Dios quiso llevárselo al Cielo, el 26 de junio de 1975, mientras trabajaba en esa Roma que él tanto supo amar. Fue la suya una muerte santa, que se ha visto seguida por un peregrinar incesante de personas a la tumba donde reposan sus restos mortales.

Ese es el mensaje que hoy tratan de vivir sus hijos, enseñándolo y contagiándolo —con el ejemplo y con la palabra— en los avatares de la vida corriente: en el seno de la familia, en la cátedra universitaria, en el campo y en la calle, en las profesiones más encumbradas y en los oficios más humildes. Porque eso es Obra de Dios, trabajo de Dios. Mons. Escrivá de Balaguer les ha ofrecido esa norma de conducta como un derrotero para llegar a Dios, llevando de esa forma con garbo la cruz de cada día, esa que a cada uno le ha tocado en suerte.

No pueden mis palabras de ahora abarcar el horizonte de su mensaje ni el perfil de su personalidad. ¡Vana pretensión sería! Pero no puedo olvidar que he tenido la gracia de vivir a su lado en muchas oportunidades, de tratarlo intensamente en el calor y en la intimidad de su trabajo, de haberlo visto sufrir con ejemplaridad, amando el dolor, sin perder nunca su buen humor ni su alegría. Pruebas que el Señor envía para sus hijos fuertes, que Mons. Escrivá de Balaguer llevó, en los años difíciles, con la frente muy alta y la mirada en el Cielo.

Siempre hablaba de Dios, a todas horas, en cualquier ocasión, como tema de fondo, sobrenaturalizando la **pequeñez** de la vida diaria, dándose a todos con mano generosa y palabra paternal. Su amor por la Iglesia y el Papa no conoció fronteras, unido siempre al Magisterio y a la Sede de Pedro, sin escatimar su espíritu de servicio. Con estas palabras se refería a medio centenar de socios del Opus Dei, próximos a ordenarse sacerdotes: **Se ordenarán, para servir. No para mandar, no para brillar, sino para entregarse, en un silencio incesante y divino, al servicio de todas las almas.**

Termino. El Opus Dei cumple sus Bodas de Oro. Poco son cincuenta años cara a una tarea de siglos. Pero gusta, enternece y agranda el corazón comprobar tanta maravilla, tantas bendiciones del Señor. Es una hora urgente de más responsabilidad y de más eficacia, para devolver al mundo la alegría que perdió. Yo sé que Mons. Escrivá de Balaguer, desde el Cielo, sonríe y nos alienta.

Chiclayo, 1978

IV

ES EL GRAN MOMENTO PARA LA ESPERANZA

Mons. Francisco PERALTA, Obispo Administrador de Vitoria

El Opus Dei, la Obra que fundó Mons. Escrivá de Balaguer, cumple ahora cincuenta años. Desde que comenzó aquel preclaro aragonés, con cuya amistad me honré y a quien conocí desde mis años jóvenes del Seminario, su empeño en ofrecer un servicio a la Iglesia, ha pasado ya este largo período de tiempo que certifica la consolidación de aquella admirable intuición de un gran sacerdote. La amable invitación que me hacen los miembros de la Obra que aquí llevan a cabo su labor apostólica me da la oportunidad para una afectuosa reflexión en torno a lo que significa en el momento presente la misión que ellos llevan a cabo.

Creo que es el gran momento para la esperanza. Y que el Opus Dei tiene en manos de sus fervorosos afiliados la ocasión para avivar en todo el pueblo de Dios esta virtud característica de los creyentes en Cristo.

Ahí tenemos a sus sacerdotes. Cada año, en la etapa estival, nos alegra la noticia de las ordenaciones sacerdotales. Y no sólo porque sean abundantes sino, sobre todo, porque algunos de los consagrados —poseedores de títulos académicos, ejerciendo su profesión, competentes en su saber específico— renuncian al ejercicio de su labor en el ámbito civil para dedicarse de lleno y en exclusiva al ejercicio del ministerio sacerdotal.

Es una manera vivencial, comprometida, de significar el valor que sigue teniendo en la vida social la dimensión religiosa. Cuidarla, atenderla bien, supone renuncias legítimas. La dirección espiritual, la administración de los sacramentos, la fidelidad al confesonario, los retiros... todo ese bagaje de instrumentos que la Iglesia recomienda a sus hijos para que sean buenos cristianos, están a cargo de personas con exclusiva dedicación.

He aquí un buen ejemplo, una limpia ejecutoria que reaviva la llama de la esperanza en un mundo que se interroga, por la fuerza de algunas situaciones, sobre la razón de ser y la identidad del ministerio sacerdotal.

Y si vamos a los seculares, también el estilo de la Obra nos invita a una esperanza más viva. Muy bien comprendió Mons. Escrivá de Balaguer la fuerza increíble de unos seculares que, en medio del mundo y cada cual respondiendo a su peculiar vocación, habrían de ser fomento.

Añadamos el tierno fervor mariano, sello peculiar del nombre de Torreciudad. Y comprenderemos mejor que con ella, causa de nuestra alegría y estrella de la mañana, el Opus Dei seguirá sin desmayo, tras estos cincuenta años, sirviendo fielmente, con lealtad ejemplar, a la Santa Madre Iglesia.

(“El Correo Español”, 3-X-78, p. 4)

V

UN RECUERDO PERSONAL

Mons. Eduardo POVEDA, Obispo de Zamora

Fue en el año 1940. Hacía poco que había ingresado yo en el Seminario Conciliar de Valencia y contaba a la sazón 20 años. En noviembre llegó el tiempo de los ejercicios espirituales y vino a dirigirnos un sacerdote al que no conocíamos pero que desde el primer momento captó nuestra atención y nos hizo entrar rápidamente en la vía de la conversión que es propia de los ejercicios. Aquel sacerdote se llamaba don Josemaría Escrivá de Balaguer y había venido a Valencia llamado por la amistad que tenía con el entonces rector del seminario don Antonio Rodilla.

Aquellos ejercicios espirituales nos supieron distintos a los demás, a lo que entonces era habitual. Nada de meditaciones tremebundas sobre la muerte y el infierno; nada de sentimentalismos facilones; doctrina firme y clara, y sobre todo exigencias perentorias para el seguimiento de Cristo.

Los ejercicios de don Josemaría Escrivá quedaron grabados profundamente en la conciencia de todos los que en ellos participamos. Mucho tiempo ha pasado desde entonces y aún conservo vivo su recuerdo. Que Dios se lo haya retribuido en la gloria.

Del recuerdo de aquellos ejercicios quisiera ahora espumar unas ideas fundamentales que ha dejado impresas en su Obra pero que son doctrina viva y perenne de la Iglesia.

Todo el mundo habla hoy de sus enseñanzas sobre la santificación del cristiano en el trabajo y en el propio ambiente y estado en el que cada cual se encuentra.

A nosotros seminaristas, nos habló como seminaristas, nos exigió como seminaristas, ni siquiera nos hizo mención del Opus Dei que tenía fundado ya desde 1928. Nos habló mucho, recuerdo, de nuestro deber de trabajar, de estudiar que era nuestra tarea. Sin tomar en serio el estudio ni podríamos ser santos ni **buenos seminaristas**. Pero al mismo tiempo nos exigía oración, vida de intimidad con Dios y devoción filial a María.

He aquí una enseñanza de don Josemaría Escrivá que tiene un valor perenne. El tomar en serio el trabajo, el pensar que hacerlo bien glorifica a Dios y nos santifica, es hoy doctrina universal. En cambio algunos dicen ahora que como el trabajo es oración ya no hace falta que nos dediquemos a hablar con Dios ni a **perder tiempo** rezando. Don Josemaría Escrivá siempre predicó que eran necesarias las dos cosas. Sin santificar y mejorar nuestro trabajo, la oración es falsa. Pero trabajando no podemos santificarlo si no dedicamos tiempo a la oración. ¡Qué gran verdad elemental y sencilla pero perenne e iluminadora para el cristiano!

Había también otra paradoja en don Josemaría Escrivá que ya en aquellos ejercicios le captamos. Hoy podemos decir que fue un pionero en la tarea de embarcar a los seglares en la obra de la Iglesia. Revalorizó, como pocos, la visión del laicado... Pero amaba profundamente a los sacerdotes. Pocas veces en mi vida he oído hablar con tanto cariño del sacerdocio y pocas veces me han dado unos ejercicios tan llenos de vivencias sacerdotales.

Y es que para don Josemaría Escrivá dignificar al laicado y reconocer su misión específica con la iglesia no estaba reñido ni con el amor al sacerdocio ni creaba esos artificiosos antagonismos que últimamente hemos tenido que presenciar. En su amor a la Iglesia en su comprensión amplia, generosa y dilatada del misterio de Jesucristo no había lugar para celotipias ni para que la grandeza de unos miembros del Cuerpo de Cristo tuviese que ir en detrimento o en devaluación de otros miembros. Hoy en día esa lección continúa siendo valiosa y necesaria.

Y esto último que acabo de decir fue también una constante del fundador del Opus Dei, su amor a la Iglesia, su amor a la jerarquía, su amor al Papa.

Poco antes de morir, ya en estos tiempos azarosos, don Josemaría Escrivá solía decir: **no hay sacerdotes malos**. La frase no deja de ser extraña. El conocía muy bien las miserias que tenemos los ministros de la Iglesia. En aquellos ejercicios y en sus pláticas posteriores, habló constantemente de la responsabilidad del sacerdote y de la cuenta estrecha que tendríamos que dar a Dios en el día del juicio. Sabía que podríamos prevaricar y que muchos, de hecho prevaricamos. Pero él veía, por encima de todo, que esta Iglesia con sus ministros y fieles, era el instrumento de salvación que Cristo nos había dejado en la tierra.

El no podía distinguir, como algunos hacen ahora, entre iglesia institucional e iglesia espiritual o popular o encarnada. Sabía, eso sí, que el signo de Cristo podía ser peor o mejor hecho por nosotros los cristianos o por los miembros

de la jerarquía. Pero sabía también que el Espíritu Santo actúa indefectiblemente a través de esta institución que aún con miembros pecadores es santa porque Jesús la purifica constantemente con su propia sangre.

Todas estas constantes del espíritu de don Josemaría Escrivá son doctrina viva y perenne, doctrina de salvación y por tanto necesaria, al mismo tiempo que muy oportunas para ser recordadas en el momento actual.

Por ello recomendamos a los socios del Opus Dei que las acuerden siempre. En particular me atrevería a pedirles en este 50 aniversario reafirmen esa fidelidad a la Iglesia y al Papa que el Padre les dejó como herencia. La Iglesia os necesita mucho hoy, necesita de vuestro trabajo y de vuestra colaboración. Mantened encendido en vosotros el fuego de este espíritu.

Y que para todos vosotros, fieles hijos de Zamora, estas enseñanzas de don Josemaría Escrivá de Balaguer que acabo de proponeros las viváis, puesto que pertenecen al acervo de la Fe que profesamos.

(“El Correo de Zamora”, 5-X-78, p. 3)

VI

UN HOMBRE DE FE

Mons. Laureano CASTAN LACOMA, Obispo de Sigüenza-Guadalajara

Quando se cumplen los 50 años de la fundación del Opus Dei, he querido evocar por escrito algunos de mis recuerdos sobre Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.

Le conocí hacia 1926, cuando era un joven sacerdote recién ordenado, y yo cursaba los primeros años del seminario. Solía acudir con su familia, durante el verano —hasta 1934— a Fonz, mi pueblo natal, en la provincia de Huesca, para realizar algunas cortas visitas a su tío don Teodoro Escrivá, beneficiado de la capellanía de la Casa Moner.

En varias ocasiones, pude ayudarle a celebrar la Santa Misa en la capilla de los señores de Otal —barón de Valdeolivos— con quienes me unía una gran amistad. Desde entonces, guardo la viva impresión que me produjeron la piedad y el extraordinario fervor con los que celebraba el Santo Sacrificio. Ya entonces vivía lo que más tarde habría de enseñar **La misa es acción divina, trinitaria, no humana. El sacerdote que celebra sirve al designio del Señor, prestando su cuerpo y su voz; pero no obra en nombre propio, sino in persona et in nomine Christi, en la persona de Cristo, y en el nombre de Cristo** (1).

En alguna de aquellas ocasiones, entre los años 1929 y 1932, dimos varios paseos a solas, conversando largamente. Recuerdo una de aquellas conversaciones en la que, con gran fuerza, me habló de lo improcedente que resultaba la injerencia de los gobiernos en los asuntos internos de la Iglesia. En otra, paseando por la era Ferragut, cerca de la casa de su tío don Teodoro, me habló

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 86.

de la fundación que el Señor le pedía llamándola la **Obra de Dios**. Aunque decía que estaba trabajando para realizarla, me hablaba de todo como si fuese una cosa ya hecha: tal era la claridad con la que —ayudado por la gracia de Dios— la veía proyectada en el futuro. La llamaba **Obra de Dios**, porque decía que no era suya afirmaba: **yo no quería fundar nada**. El tiempo ha demostrado de modo impalpable que Dios escogió, para fundar el *Opus Dei*, un instrumento bueno y fiel.

Me pidió entonces que rezara por la *Obra de Dios*, y lo he seguido haciendo, a diario, con intensidad y fervor. Reflexionando ahora, desde la perspectiva de mi larga vida dedicada al servicio de la Iglesia Santa y tantos años *Pastor* en mi diócesis, no encuentro más explicación a mi perseverancia en rezar a diario por el *Opus Dei*, que la profunda impresión que me causó la fe con la que hablaba Mons. Escrivá de Balaguer y la santidad que se traslucía de su persona.

Su fe en Dios patente y fuera de lo común: de ahí su convencimiento de que los hombres somos sólo instrumentos, libres y responsables, en las manos de nuestro Padre Dios. Por eso —me insistía— en el apostolado lo primero es la oración; después, el espíritu de mortificación y de penitencia; sólo en tercer lugar, muy en tercer lugar —como más tarde escribiría en *Camino*— la acción (2).

Recuerdo también de aquella primera conversación sobre el espíritu de la *Obra*, cómo me hizo ver que no estaría circunscrita a España, ni a una clase social determinada. Dios la quería universal, católica: abierta a los hombres de todas las condiciones sociales, de todas las razas, de los cinco continentes.

La hora de la incompreensión

El primer desarrollo del *Opus Dei* en España estuvo acompañado de graves incompreensiones, de una campaña de falsedades y calumnias, que Mons. Escrivá de Balaguer supo sufrir con un profundo sentido sobrenatural y grandeza de corazón, sin guardar rencor a nadie.

En una ocasión —siendo yo obispo auxiliar de Tarragona— me refirió don Leopoldo Eijo y Garay, entonces obispo-patriarca de Madrid-Alcalá, que unas personas católicas fueron a hablar con él para sugerirle que interviniera contra la *Obra* y su fundador, como algo herético. Mons. Eijo y Garay, después de escucharles, les explicó que él había actuado directamente y con pleno conocimiento de causa en su aprobación. Esa criatura —les dijo refiriéndose al *Opus Dei*— **ha nacido en estas manos**. Con esta expresión quería hacerles entender que conocía bien lo que había aprobado, lo que había hecho a ciencia y a conciencia.

En aquellos años, no se hablaba de la llamada universal a la santidad. Esto puede explicar —humanamente— el recelo que en algunos provocó la predicación del fundador del *Opus Dei*, a la par que hace destacar la unión íntima con Dios y la fortaleza heroica con las que —siempre con una sonrisa en los labios— continuó su labor. Escrivá de Balaguer, verdadero pionero del Concilio Vaticano II, que años más tarde vendría a promulgar solemnemente el contenido de su predicación.

(2) Cfr. *Camino*, 82.

Nunca guardó la menor animosidad contra nadie; al contrario, su gran corazón se agrandaba ante esos ataques injustos. Cuando tuvo que defender la *Obra* —como era su deber— lo hizo siempre sin acritud, evitando referirse por su nombre a los que le habían calumniado. Y cuando era atacado personalmente, nunca se defendió, imitando de forma admirable el ejemplo del Divino Maestro: **Jesús autem tacebat**, pero Jesús permanecía en silencio (3). Como norma de conducta, que mantuvo siempre, trató tan sólo —son palabras suyas— **de ahogar el mal en abundancia de bien**.

Desprendimiento

Junto con un gran respeto por la autoridad legítima —que le llevaba a apreciar como es debido las muestras de honor y de distinción que la acompaña— en Mons. Escrivá de Balaguer noté siempre una absoluta carencia de afán de cargos o distinciones honoríficas.

Esta actitud de desprendimiento fue constante, a lo largo de su vida; cuando, al paso de los años, recibió merecidas distinciones pontificias y condecoraciones civiles; cuando rehabilitó un viejo título de nobleza de nuestra tierra aragonesa —le correspondía hacerlo al ser el primogénito— por considerarlo como un deber de estricta justicia hacia su familia. Paradójicamente, esta decisión constituyó una muestra de la humildad de don Josemaría, a quien no se le ocultaba que con seguridad, podría dar lugar a interpretaciones torcidas que —para los que le conocíamos bien— resultaban ridículas.

Amor a la Iglesia y al Papa

Mi última conversación con el Fundador del *Opus Dei* tuvo lugar en Roma, en enero de 1974, durante cerca de hora y media. Fue una charla muy afectuosa, extraordinariamente espiritual y, a la vez, enormemente optimista: se mostró firmemente confiado en la Providencia, aunque la Iglesia estaba pasando momentos difíciles. Me insistió mucho en que rezara —convencido de la eficacia de la oración— por la Iglesia y por el Papa.

Manifestándose con gran realismo en la apreciación de las dificultades por las que atravesaba —y atraviesa— la Iglesia, me llamó la atención verlo profundamente esperanzado y optimista, más que en motivos humanos, fundamentaba su esperanza en la Providencia de Dios sobre su Iglesia: **Tu optimismo será necesaria consecuencia de tu fe** (4).

Se quedó grabado su amor por el Romano Pontífice. Al comentar la noticia de la audiencia que acababa de concederle el Santo Padre Pablo VI, me dijo que había procurado hablarle de las maravillas que Nuestro Señor llevaba a cabo en tantas labores apostólicas de todo el mundo. Me comentó que el Papa ya tenía bastantes preocupaciones, y que había querido darle sólo alegrías. Me confió que a diario ofrecía la Santa Misa por la Iglesia y por el Papa; sólo en tercer lugar la ofrecía por el *Opus Dei*. Salí de aquella conversación con Mons. Escrivá de Balaguer contento y esperanzado: confortado por el gran sentido sobrenatural que pude apreciar en este gran amigo. Indudablemente,

(3) *Mat.*, 26, 63.

(4) *Camino*, 378.

en armónico desarrollo con las demás virtudes, el amor a la Iglesia y al Papa que ya había notado en esa alma egregia en los años lejanos de nuestra juventud, se había hecho grande, más intenso, más profundo. Sé que, con frecuencia, repetía a sus hijos lo que en esa ocasión me dijo a mí: que con alegría muy grande daría su vida, y mil vidas que tuviera, por el Romano Pontífice, sea quien sea; siempre —subrayaba— con la gracia de Dios, porque sin ella no podría hacer nada.

Si tuviera que realizar un resumen —muy limitado, como todos los resúmenes— sobre la persona del Fundador del Opus Dei, diría que este extraordinario pionero de la espiritualidad laical, que tantos y tan altos servicios ha prestado a la Iglesia, se caracterizaba por una profunda vida interior, que le llevaba a conducir a Dios todas sus acciones y conversaciones, de manera que cuantos le tratábamos nos sentíamos arrastrados por ese amor de Dios que contagiaba, vida interior unida a una profunda alegría y sentido del humor, que llevaba a sentirse feliz a su lado. Y energía de carácter, que se compaginaba perfectamente con la exquisita delicadeza en el trato, con una gran serenidad y ponderación en sus acciones.

(“La Provincia”, Las Palmas de Gran Canaria, 1-X-78)

VII

A PROPOSITO DE UN ANIVERSARIO

Mons. Ambrosio ECHEVARRIA ARROITIA, Obispo de Barbastro

El próximo lunes, día 2 de octubre, se cumplen los cincuenta años de la fundación del Opus Dei por el sacerdote de Barbastro Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento elegido por Dios para la fundación de una asociación de carácter espiritual y de proyección universal. Miles de personas, de ochenta nacionalidades distintas, hacen que el nombre de Barbastro haya recorrido el mundo entero.

Por eso creemos que la voz de vuestro Obispo no puede estar ajena a este acontecimiento ante una Obra que nació para contribuir a que los cristianos, insertos en la sociedad civil, comprendan que su vida, tal y como es, puede ser oración y motivo de un encuentro con Cristo: es decir, que es un camino de santidad y apostolado. Cristo está presente en cualquier tarea honesta.

Desde aquel 2 de octubre del año 1928, el Opus Dei se ha ido definitivamente perfilando y haciéndose una realidad en miles de mujeres y de hombres que tratan de vivir, pese a las flaquezas humanas, la vocación y cumplir un mandato imperativo de Cristo.

Produjo inmenso gozo a vuestro Obispo que en la audiencia pública, en noviembre del año 1976, ante miles de cristianos, el Papa Pablo VI dijese a los fieles, al presentar al Obispo de Barbastro, que esta diócesis, pequeña en número de habitantes, era importante en la Iglesia por haber nacido en ella el Fundador del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer.

Recuerdo también la visita, última de Mons. Escrivá de Balaguer a Barbastro, poco antes de su muerte. A pesar de la enfermedad que ya había merendado considerablemente sus facultades, reflejaba el dinamismo de años anteriores, **gracia de Dios y buen humor**, como él dijo en alguna ocasión a sus hijos, que explica el gran movimiento de espiritualidad seglar que ha dejado a la Iglesia.

Bajo el título **Buscando a Dios en el trabajo cotidiano**, el Papa Juan Pablo I escribió su último artículo antes de ser elegido Pontífice en el diario veneciano “Il Gazzettino”. El entonces Patriarca de Venecia glosó, de forma maravillosa la figura y la espiritualidad del Fundador del Opus Dei. Lo califica de confesor revolucionario que se saltaba a cuerpo limpio las barreras tradicionales proponiendo metas místicas incluso a los casados. Y hay una nota en este artículo del Cardenal de Venecia donde refleja la tozudez que es preciso tener para conseguir las metas de nuestra vocación. **Dad un clavo a un aragonés —dice el refrán— y lo clavará con su cabeza. Yo soy aragonés y necesitamos ser tozudos.**

La Diócesis de Barbastro que guarda en sus fronteras el Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad, meta de muchas peregrinaciones marianas de todo el mundo, se suma a la fiesta de los hijos de Mons. Escrivá de Balaguer en este cincuenta aniversario de la fundación del Opus Dei, y espera que la valiosa aportación de sus socios sirva para el acercamiento de los cristianos en la línea del Evangelio y del Concilio Vaticano II.

(“Cruzado Aragonés”, Barbastro, 30-IX-78, p. 8)

VIII

MAESTRO DE LOS NUEVOS CAMINOS DEL LAICADO

Mons. Juan HERVAS, Obispo dimisionario de Ciudad Real

Sería por el año 1934, cuando conocí a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. El Opus Dei estaba aún en sus comienzos, y su Fundador, rodeado de gente de toda edad y condición, buscaba **la fortaleza en los barrios más pobres de Madrid.**

Fui a visitarle a la academia-residencia DYA, que acababa de abrir en la calle de Ferraz. La acogida cordial que me dispensó, estableció de inmediato una corriente sincera de amistad humana y sacerdotal. Fui varias veces después por la academia para conversar con ese sacerdote, que tanta paz me transmitió.

Al entrar en aquella casa desaparecía la sensación de inseguridad que se respiraba entonces en la calle. Allí se trabajaba con seriedad, con serenidad, con intensidad; en la certeza de que la ancha y fecunda labor de servicio a la Iglesia que el Opus Dei habría de realizar, se llevaría a efecto porque Dios estaba empeñado en que se realizara. No había que detenerse por las cosas que entonces pasaban y que llegaban a paralizar tantos ánimos: **Dios y audacia** —DYA— había sido ya el lema de la primera obra apostólica del Opus Dei,

y había que seguir adelante sin miedo, con los ojos puestos en Dios. Allí conocí de qué modo Mons. Escrivá de Balaguer trataba con los estudiantes, los medios apostólicos que empleaba, el aire que imprimía a aquel centro: orden y profundidad en el trabajo y alegría en la convivencia. En fin, ya que por entonces me hice una idea cabal de la naturaleza del Opus Dei.

Durante la guerra civil española estuve en Friburgo, como alumno de la Universidad Católica. Volví a Valencia en 1939. Allí tuve mucho trabajo, y uno de los ministerios pastorales que me asignaron me permitió seguir en contacto con el Fundador del Opus Dei: como Director del Colegio Mayor Burjasot, pude seguir la labor que don Josemaría impulsaba en el ambiente universitario de Valencia. En este centro residían —o de él procedían— algunos de los estudiantes que pronto solicitaron la admisión en la Obra.

No todo les fue fácil. Ya en aquellos años fueron objeto de muchas contradicciones. Se difundieron sin fundamento alguno toda clase de sospechas, acusaciones y falsedades. El sentido común me decía —y así lo hacía yo constar a los detractores— que las acusaciones de aquella campaña no cuadraban con los socios de la Obra que yo trataba, ni con mi conocimiento personal de su Fundador, ni con el Opus Dei. No podía olvidar el criterio evangélico de discernimiento de la bondad o maldad de una obra de apostolado: conocer el árbol por sus frutos; y éstos eran manifiestamente sanos.

Hacia 1945, durante uno de mis viajes a Madrid, fui a visitar a don Josemaría a su casa, en la calle de Diego de León. Me acogió con el afecto de siempre y quiso que me hospedara allí. Estuve algunas semanas y siempre recordaré aquella temporada como unos días gratuitos. Todos —en primer lugar don Josemaría— me trataron con plena confianza, en familia. Yo trabajaba durante el día en mis cosas, con total independencia, y al regresar a la casa me encontraba en un verdadero hogar. Allí pude conocer la personalidad del Fundador del Opus Dei bajo una luz nueva para mí.

Daba toda clase de facilidades para que se vieran las cosas directamente, de forma que cada uno pudiera hacerse cargo por sí mismo de la realidad santa de lo que era y hacía el Opus Dei. Así lo hizo conmigo y con otros muchos Obispos. Este modo de proceder era lógico en Mons. Escrivá de Balaguer. En primer lugar porque él mismo era siempre objetivo: tenía una repugnancia natural hacia el misterio y lo que tuviera apariencia de secreto. Le gustaba por su carácter las puertas abiertas y que los hechos cantasen; en ello no cabía ni engaño, ni vanidad, ni jactancia.

También estuve en varias ocasiones en el Colegio Mayor Moncloa. La estancia en estos centros universitarios del Opus Dei, produjo en mí otros beneficios: conocí el espíritu de la Obra hecho realidad en Mons. Escrivá de Balaguer, y pude ver cómo iba forjando el temple apostólico de muchos estudiantes. Ese contacto rejuveneció mi propio espíritu y al mismo tiempo fue una aproximación al campo del apostolado laical, que me permitió conocer muchas de las soluciones que el Opus Dei ha dado —no sin una especial providencia de Dios— a muchos problemas que lleva consigo este apostolado. Mons. Escrivá de Balaguer, al invitarme en centros de la Obra, me hizo participar de los tesoros que Dios mismo había puesto en sus manos, para que con entera libertad to-

para aquello que me interesara para orientar mi labor en el campo del apostolado de los laicos. Sin pretender que sus soluciones eran las únicas posibles, nunca dejó de darlas a conocer a todos los que estuvieran sinceramente interesados en ellas. Desde el momento en que pude conocer a fondo su espíritu, su modo de formar a los laicos y de dirigir la Asociación por él fundada, he tenido a Mons. Escrivá de Balaguer por un hombre elegido por Dios para ser maestro de los nuevos caminos del laicado católico.

El nervio central de todo su apostolado —con laicos y con sacerdotes— ha sido hacer llegar al corazón de cada persona la llamada divina a la santidad; promover la santidad en medio del mundo entre personas de todas las condiciones. Una doctrina que sería proclamada solemnemente por el Concilio Vaticano II, muchos años más tarde.

En las conversaciones que pude mantener con don Josemaría por aquel entonces, pude comprobar su visión universal, amplia, católica, del Opus Dei. La ilusión por extender su labor a los cinco continentes estaba presente desde el principio, porque la Obra la había querido Dios universal. No había nacido para solucionar los problemas de un determinado país. Me habló entonces de cómo se estaban preparando los que habrían de llevar a cabo la expansión a otros países. Comprendí —por lo que decía y, sobre todo, por cómo lo decía— que era algo que le quemaba por dentro desde hacía tiempo: para don Josemaría, sacar adelante el Opus Dei, extenderlo por todo el mundo, era como un fuego de celo que le abrasaba. Era cumplir la voluntad de Dios.

Había una decidida determinación y mucha audacia en sus planes; pero, a la vez, prudencia y dedicación paciente para hacerlos posibles, preparando los instrumentos y rezando; sobre todo rezando y haciendo rezar por esa intención. Luego todo saldría: como solía decirme, cuando Dios quiera, al paso de Dios.

Después de mi designación como Obispo de Mallorca en octubre de 1946 —primero como coadjutor y después como residencial—, mi trato con el Fundador del Opus Dei tuvo otro carácter debido a las circunstancias. Mis deberes pastorales no me permitieron, como hasta entonces, los frecuentes desplazamientos a Madrid, y, por otra parte, Mons. Escrivá de Balaguer había fijado su residencia en Roma desde ese mismo año. Sin embargo, a partir de entonces, cada vez que he viajado a Roma no dejé de visitarle y a menudo me invitaba a comer en la sede central del Opus Dei.

Mallorca y Ciudad Real

El desarrollo de las actividades del Opus Dei en las diócesis de las que he sido Obispo, me ha permitido un contacto habitual con la Obra, durante muchos años.

Hacia 1950 comenzaron a darse en Mallorca retiros espirituales para hombres, para mujeres y para sacerdotes, dirigidos por sacerdotes del Opus Dei. De ahí surgió una labor muy extensa de apostolado personal, pues muy pronto hubo en la isla socios de la Obra. Estaba al corriente de esas tareas, por lo que comentaban sus directores de la labor y los sacerdotes que colaboraban

en ellas: por mi parte, procuré dar todas las facilidades, como ha sido mi costumbre en todo tipo de labor apostólica hecha con rectitud; y comprendí perfectamente el gran bien que el Opus Dei hacía en mi diócesis.

Desde 1955 a 1977, residí en Ciudad Real como Obispo Prior de las Ordenes Militares. La presencia del Opus Dei en esta diócesis fue para mí una fuente de alegría y de consuelos. Por referirme, en concreto, a la labor realizada entre mis sacerdotes, ya pertenecían a la Obra muchos de ellos cuando llegué allí, y después se han ido multiplicando las vocaciones. Los he considerado siempre como fermento de unidad, por su obediencia pronta y alegre a su Ordinario; por su fidelidad a la doctrina de la Iglesia; por su vibración apostólica contagiosa, esperanzada y optimista; por su espíritu de comprensión, pasando por alto, con buen humor aquellas pequeñeces que surgen en la convivencia; por su ilusionada dedicación a los ministerios que sus Obispos les encomiendan. Ponen un empeño constante por santificarse en y desde su ministerio. Son sacerdotes que quieren y procuran ser sólo sacerdotes: su ejemplo firme y humilde —con las flaquezas personales, como tenemos todos, que no empañan la rectitud de intención— hace mucho bien dondequiera que son destinados.

Mons. Escrivá de Balaguer enseñó a todos sus hijos —seglares y sacerdotes— a tener un gran amor a la Iglesia, un amor personalizado en la Jerarquía de todos los lugares, y materializado en atenciones delicadas hacia los Obispos, sin gravarlos nunca con problemas y cargas innecesarias. Recuerdo que las visitas que los socios del Opus Dei me han hecho como Ordinario del lugar donde trabajaban, siempre se han caracterizado por el respeto, la alegría y el optimismo: me hacían pasar un buen rato, tanto que, cuando mis ocupaciones lo permitían, alargaba gustosamente la conversación.

Quiero terminar con un recuerdo muy personal, quizá el más entrañable de los que guardo de mi amistad con Mons. Escrivá de Balaguer. Yo había cometido la grave audacia de levantar una bandera de renovación de espiritualidad y de apostolado seglar: me refiero a los Cursillos de Cristiandad. Este empeño surgió durante mi estancia en Mallorca y, después de trasladarme a Ciudad Real, tuvo un gran arraigo entre los fieles, incluso saltando las fronteras de España. Desde sus comienzos fue bendecido y alentado por el Santo Padre, y ha sido la fuente de donde han brotado las más íntimas alegrías pastorales de mi vida. Pero el Señor quiso probarme y probar también a este movimiento, desde sus comienzos, con la contradicción. Se desató en torno a mi persona una dolorosa tempestad.

En aquel mar revuelto de insidias, tuve que ir a Roma ya que había sido denunciado ante el Santo Oficio. Quise visitar a Mons. Escrivá de Balaguer: el recuerdo de la imperturbable alegría con la que había llevado las contradicciones que arreciaron contra el Opus Dei, me impulsaron a buscar su consejo, persuadido de que de esa charla me vendría la paz para mi ánimo atribulado. Y no me engañé.

Me escuchó atentamente y llegó al fondo de la cuestión enseguida: no perdió el tiempo en estériles lamentaciones. En sus palabras, breves y certeras, volcaba en mí su propia alma: **No te preocupes. Son bienhechores, porque nos ayudan a purificarnos. Hay que quererles y pedir por ellos.** Me insistió en la

necesidad de querer a los que no nos comprenden, de rezar por los que juzgan sin conocimiento suficiente de causa, y en el deber de prestar atención tan sólo a la voz de la Iglesia —no a los rumores de la calle— y de mantener el corazón limpio de resentimientos y amarguras. Aquellos consejos, que tanto bien hicieron a mi alma, tenían la enorme autenticidad de quien los había vivido y seguía viviendo entonces.

Mons. Escrivá de Balaguer me alentó constantemente en una empresa que no era la suya, y volcó caridad y comprensión sobre un apostolado que iba por caminos distintos al suyo. Sólo Dios sabe en qué medida pudo contribuir a despejar los caminos de la Providencia.

(“Palabra”, 158, X-1978; 439)

IX

UN MAR SIN ORILLAS

Mons. Manuel LLOPIS IBORRA, Obispo dimisionario de Coria (Cáceres)

En los años treinta, Mons. Escrivá de Balaguer escribió en **Camino: No me olvides que en la tierra todo lo grande ha comenzado siendo pequeño** (Camino, n. 821). Y así nació y comenzó el Opus Dei, hace hoy cincuenta años: una semilla depositada en el corazón de este sacerdote santo, elegido por Dios Nuestro Señor desde toda la eternidad, y destinado a crecer hasta los confines del mundo.

Mons. Escrivá de Balaguer tenía sólo 26 años, cuando fundó la Obra el 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Angeles Custodios. Desde ese instante, con la fidelidad y la humildad de quien se sabe instrumento en las manos de Dios, dedicó su vida entera a cumplir la tarea que el Señor le había confiado: recordar que todos los hombres están llamados a la santidad, y abrir un camino para esa santificación en y a través del trabajo profesional y del cumplimiento de todos los deberes ordinarios del cristiano en medio del mundo.

Más de una vez personalmente, y también a través de esas películas que recogen las últimas catequesis del Fundador del Opus Dei por numerosos países de América y de Europa, he tenido ocasión de presenciar aquellas conversaciones entrañables, con sabor de intimidad, que Mons. Escrivá de Balaguer mantenía con una multitud de personas de la más variada mentalidad y condición. Al escucharle —aunque su profunda humildad le llevaba a evitar cuidadosamente cualquier referencia a hechos personales— he tenido siempre la certeza de estar ante un hombre de Dios, que vivía con el solo afán de ser el instrumento fidelísimo que el Señor necesitaba para llevar a cabo esta siembra de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra (cfr. Camino, n. 1). A la vuelta de medio siglo, el fruto de su entrega colmada de heroísmo es una realidad extraordinaria. Mons. Escrivá de Balaguer supo entregarlo todo porque creyó firmemente en el amor divino, y su generosidad se convirtió en luz para muchas almas, y su renuncia en ganancia.

Sé que el caminar del Opus Dei —como sucede en todas las obras divinas— no ha sido una tarea fácil, especialmente durante aquellos primeros años. No han faltado toda suerte de obstáculos y dificultades, que el Señor permitía a la par que derrochaba su gracia con generosidad infinita, sobre el alma de Mons. Escrivá de Balaguer. La carencia más absoluta de medios humanos, la incompreensión y la calumnia, la enfermedad y el dolor, no han sido jamás, sin embargo, ocasión de desaliento. En el abandono que nace de saberse hijo amadísimo de Dios, aquellas dificultades se convirtieron en acicate para seguir trabajando con la certeza de cumplir un mandato imperativo de Cristo (cfr. **Camino**, n. 942). Nada ni nadie podía frenar su ardiente y apasionado celo por las almas: Como nos ha dejado escrito en **Camino**, quien le daba esa fe, le daría también los medios (ref. **Camino**, n. 577).

Al contemplar ahora, cuando se cumplen sus bodas de oro, toda la labor apostólica que el Opus Dei desarrolla en los cinco continentes nuestro corazón se llena de gozo y agradecimiento al Señor. Es imposible reseñar en estas breves líneas toda la amplia labor de servicio a la Iglesia y a las almas y el espíritu que la anima.

Quizá sea mi condición de sacerdote y de pastor de la Iglesia, y los años que el Señor me ha puesto al frente de su grey en mi amadísima diócesis de Coria-Cáceres, lo que me mueve ahora a considerar brevemente una faceta que tan dentro estaba —¡está!—, del alma de Mons. Escrivá de Balaguer. Su amor al sacerdocio. Sé de su cariño inmenso a todos los sacerdotes, de su incansable caminar durante tantos años por llevarles consuelo y cariño, de su intenso sufrimiento al contemplar la soledad espiritual de algunos y la desorientación de otros. Con una sinceridad que era fruto de su vida de entrega heroica, repetía continuamente que el sacerdote encuentra su fidelidad poniéndose al servicio de todas las almas, y especialmente de sus hermanos en el sacerdocio. Así se consideró siempre el fundador del Opus Dei: Servidor de todos. **Saboreo** —escribió en la homilía “Sacerdote para la eternidad” (“Cuadernos Mundo Cristiano”, n. 9, p. 37), abriéndonos su corazón— **la dignidad de la finura humana y sobrenatural de estos hermanos míos, esparcidos por toda la tierra. Ya ahora es de justicia que se vean rodeados por la amistad, la ayuda y el cariño de muchos cristianos. Y cuando llegue el momento de presentarse ante Dios, Jesucristo irá a su encuentro, para glorificar eternamente a quienes, en el tiempo, actuaron en su nombre y en su persona, derramando con generosidad la gracia de la que eran administradores.**

De la abundante predicación del fundador del Opus Dei sobre el sacerdocio, y también de aquellas conversaciones de familia con sacerdotes de los más diversos lugares, quiero señalar tres aspectos: El amor a Dios que debe mover al sacerdote en todas sus acciones, la obediencia delicada y filial al obispo —**nihil sine episcopo**, solía repetir—, y la fraternidad sacerdotal. En unos momentos en los que es tan necesario rezar para que no falten en la Iglesia sacerdotes santos, el ejemplo y las palabras de Mons. Escrivá de Balaguer deben movernos a una petición llena de fe para que todos los sacerdotes custodien celosamente estos tres tesoros, fundamento de su vida y de su labor: El tesoro de su amor, de su obediencia y de su fraternidad.

La generosidad filial de la respuesta de Mons. Escrivá de Balaguer a los requerimientos de la gracia ha conmovido el corazón de Dios y la misericordia divina ha llenado la tierra: Son muchos miles las almas —también de sacerdotes— que han aprendido a tratar más de cerca al Señor, a través del ejemplo de su vida y de sus escritos. Estoy seguro de quedarme desde el cielo continúa intercediendo por nosotros, y sus desvelos nos acompañarán siempre.

(“Información-Alicante”, 3-X-78, p. 2)

X

UN HOMBRE DE DIOS

Mons. LALLIER, Arzobispo de Besançon (Francia)

Han pasado cincuenta años desde que Mons. Escrivá de Balaguer fundó el Opus Dei. No puedo borrar de mi memoria la impresión que me produjo el día en que le conocí. Fue durante el Concilio. Mons. Escrivá de Balaguer me había invitado a almorzar con él: así pudimos conversar durante largo rato. Lo que primero me llamó la atención fue su extraordinaria capacidad de acogida. Ese día tuve la impresión de estar verdaderamente sólo en el mundo delante de él, como si no tuviese otro asunto más que ocuparse de mí.

Desde que Dios le llamó a su presencia, en junio de 1975, he vuelto a encontrar, gracias a sus fotografías, aquello que tanto me había llamado la atención entonces: su profunda mirada, que me había hecho pensar en el encuentro de Jesús con el joven rico: **Y mirándole, le amó**. He podido advertir, con más profundidad, hasta qué punto Dios constituía toda su vida, Dios y el mundo, en una unión perfecta de contemplación y de acción. Dios no le impedía en absoluto contemplar el mundo, porque el mundo fue creado por El, cuidado por El, salvado por El. Y el mundo, a su vez, no le distraía de Dios porque en él encontraba constantemente el rastro divino, una invitación a entregarle lo mejor de sí mismo, es decir, la gracia de su sacerdocio.

Hombre apasionado por Dios, tenía este doble deseo, manifestado en sus palabras y en sus acciones, de llegar hasta el fin del mundo, de acoger verdaderamente en el seno de su oración y de su acción, y también en las de sus hijos, a la humanidad entera, con todas sus preocupaciones y con toda su diversidad. Deseo que se convierte en realidad a través de la santificación del trabajo ordinario, realizado con un amor de Dios y con una perfección humana que no son llamativos: **Para amar a Dios y servirle, no es necesario hacer cosas raras. A todos los hombres sin excepción, Cristo les pide que sean perfectos como su Padre celestial es perfecto (Mt. V, 48). Para la gran mayoría de los hombres, ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo, y encontrar así a Dios en el camino de sus vidas (1).**

(1) S. BERNAL, *Mgr. Escrivá de Balaguer, portrait du Fondateur de l'Opus Dei*, Paris, SOS, 1978, p. 153.

En este punto, como en tantos otros, el parecido de los socios del Opus Dei con su Padre me ha resultado siempre sorprendente: el mismo calor, el mismo deseo de meter toda su vida en Dios y de tomar parte en la vida de los hombres, de los que modestamente desean asumir las cargas, sin ninguna afectación, con una gran simplicidad de corazón. Mons. Escrivá de Balaguer, en efecto, les pedía que fuesen “testigos” íntimamente unidos a la vida del mundo, participando de la condición humana en su trabajo, en las dificultades de su vida, en el matrimonio —si eran llamados a él—. Es lo que quería decir en 1967, en una homilía pronunciada en el **Campus** de la Universidad de Navarra, cuando afirmaba: **¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y esa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales (2).**

Leyendo hace algún tiempo la **Epístola a Diogneto**, un texto que se remonta a la más lejana antigüedad de la Iglesia, no pude evitar el pensar en el Opus Dei y en su Fundador, en la inserción natural en el mundo de los socios del Opus Dei, y en la misión que intentan llevar a cabo, como algo muy relacionado con los principios del Cristianismo: “Los cristianos no se distinguen de los otros hombres ni por su país de origen, ni por su idioma, ni por sus costumbres, porque no viven en ciudades propias, no emplean un dialecto especial; su género de vida no tiene nada de singular; su doctrina no ha nacido de la imaginación o de los ensueños de espíritu inquietos; no se declaran —como tantos otros— abanderados de una doctrina de origen humano. Viven en la carne, estrechamente mezclados con los demás hombres, hermanos de sus hermanos, pero no viven según la carne; viven sobre la tierra, pero son ciudadanos del Cielo; obedecen las leyes establecidas, y su manera de vivir es más perfecta que las leyes...; los cristianos son al mundo lo que el alma es al cuerpo”. Además, también Mons. Escrivá de Balaguer había aplicado ese texto a la espiritualidad del Opus Dei.

Realmente, la vocación de un socio de la Obra es la de cualquier bautizado, a la cual se añade una vocación y una espiritualidad específicas para santificarse y ayudar a los demás a hacerlo, en medio de su trabajo profesional, en su estado de vida, llegando así hasta el fondo de las exigencias del Evangelio. Esta es la herencia de aquel sacerdote, cuya fama de santidad no hace más que extenderse cada día más por todo el mundo.

XI

VOLVER A MARIA

Mons. Ernesto CORRIPIO AHUMADA, Arzobispo Primado de México

Hace poco más de ocho años, el 15 de mayo de 1970, llegó a la ciudad de México Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei.

(2) J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Entratarens*, París, Fayard, 1969, p. 114.

El motivo de su viaje a nuestro país era un asunto de mayor importancia que el solo deseo de venir a conocer a sus hijos al cabo de 21 años de haberse comenzado la labor del Opus Dei en estas tierras; había venido a hacer algo que le urgía, para pedir a Nuestra Señora por la Iglesia y por las almas: rezar una novena a los pies de la Virgen de Guadalupe.

En repetidas ocasiones manifestó su deseo de venir a la Villa cuando algunos mexicanos lo visitaban en Roma. Una vez fue el entonces arzobispo de México, el cardenal Miguel Darío Miranda, quien lo invitó a venir. La respuesta de Mons. Escrivá fue muy elocuente: “Cuando vaya a la Villa, tendrán que sacarme de allí con una grúa”.

El avión en que llegaba el Fundador del Opus Dei a México, tomó tierra a las tres de la mañana. Después de pasar los trámites migratorios, subió al coche que lo llevaría al lugar donde se hospedaría; movido por su amor a la Virgen preguntó si la Villa quedaba cerca del trayecto; tal era su ansia por saludar allí a la Virgen Santísima. Al día siguiente, empezaba su romería al Tepeyac.

La romería que hacía en esas circunstancias a la Virgen de Guadalupe, sólo venía a confirmar la profunda convicción que tenía de saberse hijo de Dios e hijo de Santa María, “Madre de Dios y Madre nuestra” como solía llamarla. Esta actitud suya, de recurrir confiadamente a la Virgen Santísima, había sido norma de toda su vida. Así lo manifestó en una ocasión, haciendo referencia a los duros tiempos de la guerra civil española: “Tenía una imagen de la Virgen, que me robaron los comunistas durante la guerra de España, y que llamaba la Virgen de los besos. No salía o entraba nunca, en la primera residencia que tuvimos, sin ir a la habitación del director, donde estaba aquella imagen, para besarla. Pienso que no lo hice nunca maquinalmente: era un beso humano, de un hijo que tenía miedo... Pero he dicho tantas veces que no tengo miedo a nadie ni a nada, que no vamos a decir miedo. Era un beso de hijo que tenía preocupación por su excesiva juventud, y que iba a buscar en Nuestra Señora toda la ternura de su cariño. Toda la fortaleza que necesitaba iba a buscarla en Dios a través de la Virgen”. (Salvador Bernal, **Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei**, Editora de Revistas, México, 1977, p. 214).

Quizá a algunos les puede parecer poco eficaz y “pasada de moda” esta actitud de confianza absoluta en los medios sobrenaturales. Sin embargo, ante el peligro de dejarnos deslumbrar por la eficacia de nuestro esfuerzo personal, no podemos olvidar que es Dios quien pone el incremento a las pobres acciones humanas. Desde antes de los inicios de la labor del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer, había insistido en la necesidad de apoyar, cualquier trabajo o empresa humana, en los medios que la Iglesia ha recomendado siempre: la oración y el sacrificio personal. Y si es necesario que Dios ponga el incremento, el mejor camino para hacer llegar a El nuestras súplicas es su Madre Santísima, porque —en palabras de este sacerdote ejemplar— **A Jesús siempre se va y se vuelve por María (Camino, n. 495).**

A lo largo de los años de existencia del Opus Dei, y ante el sorprendente crecimiento de su labor en los cinco continentes, ha surgido en muchas personas el deseo de conocer las razones de la eficacia de esta Obra de Dios. La respuesta, clara y sencilla, la podemos encontrar en las palabras del actual presidente general del Opus Dei —con quien me une una estrecha y fraterna amistad— Excmo. y Rvmo. Dr. D. Alvaro del Portillo: “Yo os aseguro que, desde que me eligieron presidente general, he puesto a todas mis hijas y a todos mis hijos —y me he puesto yo también— en los brazos de la Virgen, para que sea siempre Ella la que nos lleve: **Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam. Para que todos conducidos por nuestra Madre del Cielo, y muy unidos al Papa, vayamos a Jesús.** Y con esto no haga más que ser fiel al cariño de nuestro santo Fundador por Santa María. ¡Con cuánta fuerza nos comentaba: **Si en algo quiero que me imitéis es en el amor que tengo a la Virgen!**”.

A Mons. Escrivá de Balaguer le enamoraban todas las advocaciones de la Virgen. En las semanas anteriores a su llegada a México, había visitado distintos santuarios dedicados a la Virgen. En una de las primeras entrevistas que tuvo con socios de la obra les dijo: “Hijos míos, durante este mes de mayo he ido de romería a Torreciudad, descalzo a honrar a Nuestra Señora. También he estado en Fátima, descalzo otra vez, a honrar a Nuestra Señora con espíritu de penitencia. Ahora he venido a México a hacer esta novena a Nuestra Madre. Hubiera ido de rodillas, como lo hacen aquí, pero no me han dejado. Para esto he venido a México: para querer más a Nuestra Madre. Y creo que puedo decir que la quiero tanto como los mexicanos la quieren”.

No obstante ese cariño del Fundador del Opus Dei por todas las advocaciones de la Virgen, la de Guadalupe ocupaba un lugar especial en su vida. Me sorprendió recientemente un hecho que lo manifiesta de forma clara. Al estar en Jaltepec, una casa de retiro junto a la laguna de Chapala, le impresionó vivamente una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en la que aparece entregándole una rosa a Juan Diego, Mons. Escrivá de Balaguer después de contemplarla en oración durante varios minutos, comentó que así le gustaría morir: recibiendo una rosa de manos de la Virgen de Guadalupe. Cinco años después, el 26 de junio de 1975, mientras dirigía su última mirada a otra imagen de la Virgen de Guadalupe que presidía su habitación de trabajo en Roma, falleció repentinamente a causa de un paro cardíaco.

A la vuelta de cincuenta años de haberse fundado el Opus Dei, considero que todos los hijos de Dios debemos tener presente ese “secreto”: la devoción tierna y constante a nuestra Madre del Cielo; y si en alguna ocasión, abrumados por la tribulación, sentimos que nos falta la fe o se debilita la esperanza, volvamos a María, acudamos a Ella con confianza y escucharemos entonces de sus labios maternales las mismas palabras que dirigió a Juan Diego: **Hijo mío, no te flija cosa alguna. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi amparo? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa?**

(“El Heraldo de México”, México, 12-X-78)

UNA INICIATIVA DIVINA

José María CASCIARO RAMIREZ, Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Como se ve en la Historia Sagrada, Dios interviene casi siempre en la vida de la humanidad de manera callada, inadvertida, sin aparato externo. Hace casi cuarenta siglos se metió, de pronto, en la interioridad de un pastor nómada de las altiplanicies de Mesopotamia y le mandó que abandonara su país y se fuera a uno bien lejano, para emprender una nueva vida, ser el padre de una gran nación, con proyección universal, pues **por ti serán bendecidas todas las tribus de la tierra (Gén. 12, 3)**. Contra todo pronóstico humano —él era viejo y su mujer Sara anciana y estéril— Abrahán creyó a la palabra de Dios y obedeció puntualmente. No sabemos lo que hubiera ocurrido en la historia de la humanidad si Abrahán se hubiera inhibido de su vocación divina. Lo cierto es que de él, de su fe y su obediencia, ha dependido la vida de muchos cientos de millones de personas a lo largo de los siglos. Aparentemente nada había cambiado sobre la faz de la tierra; todas las cosas seguían igual. Sin embargo, todo había empezado a cambiar: la historia de la misericordia de Dios con los hombres tenía un claro inicio, de cuyo proceso y desarrollo estamos aún viviendo.

Aparte de otros muchos casos más o menos semejantes, que jalonan la Historia de la Salvación y que, precisamente por lo silencioso de su acontecer, el historiógrafo de la humanidad no está en condiciones de saber apreciar, hay un acontecimiento singular, que no admite parangón alguno: la Encarnación del Verbo Divino en las entrañas de Santa María Virgen. Pues bien, este acontecimiento también ocurre en la mayor intimidad y silencio: el día de la Anunciación del Ángel aparentemente nada ha cambiado en el mundo; en realidad, todo ha cambiado de raíz.

Decíamos que en el interior de la Historia humana externa, Dios va escribiendo otra Historia de sus misericordias hacia los hombres. Es una historia muy difícil de apreciar y todavía más ardua de comprobar. Se requieren al menos dos coordenadas para representársela: la fe y el tiempo.

La primera es un don sobrenatural de Dios; la segunda exige una larga perspectiva. Considero que con este enfoque es como hay que encuadrar el cincuentenario de la fundación del Opus Dei, que se celebra ahora. Exactamente el 2 de octubre de 1928, Dios irrumpió impetuosamente en la vida de un sacerdote joven —veintiséis años—, Josemaría Escrivá de Balaguer, mostrándole un mensaje que predicar y, al mismo tiempo, una tarea que cumplir. ¿Cuáles eran ese mensaje y esa tarea? Si yo acierto a expresarme en pocas palabras, el primero era un acuciante retorno a algo tan viejo como el Evangelio, pero que había estado como olvidado durante siglos: Dios quiere que todos los hombres se salven; la voluntad de Dios es que todos entremos por caminos de santificación cristiana. Y para encaminarse por esa vía de la santificación no es necesario abandonar el mundo —ésta seguirá siendo una vocación espe-

cífica para unos pocos— sino santificar y santificarse en las mismas tareas humanas, en el ejercicio del propio oficio o profesión, en los deberes y circunstancias concretas en que la Providencia divina nos ha colocado a cada uno, sin pretender salirse de ellas.

Ese camino de santificación para el cristiano corriente, ahora, a la vuelta de cincuenta años, después del Concilio Vaticano II, ya suena en muchos ambientes. Pero en 1928 ese mensaje era nuevo, inaudito, incluso a algunos pareció herético.

La tarea que Dios pedía a aquel sacerdote para llevar a la práctica tal mensaje era la fundación de una Asociación internacional de fieles, cristianos corrientes, de tal interioridad y ausencia al mismo tiempo de características externas, que no tenía cabida alguna en el Derecho de la Iglesia entonces vigente. Humanamente pensado, la encomienda recibida por Dios parecía entonces un montón de cosas imposibles. Pero, contra todo pronóstico humano, Josemaría Escrivá de Balaguer creyó la palabra de Dios y puso todo su ser al servicio del mandamiento divino recibido.

¡Cuánta oración, cuánta penitencia y sacrificio, cuánto tesón ha costado durante cuarenta y siete años —hasta su muerte en olor de santidad, el 26 de junio de 1975— a Mons. Escrivá de Balaguer! Aparentemente el 2 de octubre de 1928 no había pasado nada en la tierra. Al cabo de cincuenta años, podemos comprobar un cambio radical en miles y miles de almas en los más diversos países y un cambio profundo en la espiritualidad y aun en la Teología cristiana. Para muchos, la coordenada de la fe nos hace vislumbrar horizontes cada vez más amplios. Pero cincuenta años es poco para una iniciativa divina que no tiene orillas: nos falta todavía en buena parte, la otra coordenada del tiempo. La apreciación de lo que mirado externamente es hoy la realidad pastoral del Opus Dei es sólo un pálido reflejo del milagro interno, silencioso, de la transformación interior de tantos miles de almas, ya hoy, y de las que se beneficiarán de esos mismos bienes sobrenaturales en lo por venir.

(“El Correo Español”, 3-X-78)

XIII

HACE CINCUENTA AÑOS

Angel SANTOS RUIZ, Catedrático de Bioquímica, Universidad Complutense de Madrid

Se cumple ahora un cincuentenario importante: el 2 de octubre de 1928 fue fundado el Opus Dei por un sacerdote bueno y fiel, docto, sencillo y alegre. No tengo la perspectiva suficiente para poder juzgar acertadamente la ingente labor espiritual de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, pero, a pesar de ello, no me cabe duda de la impronta decisiva que ha dejado en la Iglesia y en la sociedad.

En su predicación incansable —hablando de Dios a las almas, colocando a cada cristiano frente a sus responsabilidades personales— no han faltado enseñanzas sobre el quehacer universitario.

Los hombres de ciencia investigan y constantemente ofrecen nuevas soluciones para los grandes problemas de nuestro tiempo. A su iniciativa, a su inteligencia, a su voluntad consciente, a su deseo de mejora debe el ser humano el privilegio de sus conocimientos científicos. Pero, precisamente por eso, les incumbe igualmente una gran responsabilidad moral.

Los avances en lo científico y en lo técnico transcurren hoy día velocísimos, diríamos que en progresión geométrica. No obstante, lo que daría más belleza a nuestra vida, lo que atendería mejor a nuestras ansias de perfección moral e intelectual, sigue un ritmo a lo sumo aritmético y en gran número de casos está frenado o en regresión. En consecuencia, el momento presente ofrece inmensas posibilidades al cristiano llamado a vivir su fe en medio de un acelerado progreso técnico y científico, inseguridad económica, turbulencias políticas, discriminaciones raciales y clasistas, desintegración moral, extravíos intelectuales, etc. Es también explicable que a veces se sienta desconcertado y vacile en la consecución del camino recto.

Pues bien, Mons. Escrivá de Balaguer procuró siempre que las gentes superaran las barreras que impiden la convivencia humana y viviesen el mandamiento del amor, que es vínculo de perfección. La eficacia posible de la acción se fundamentaría así en la gracia de Dios y en algo que puede ser ejemplar si supone trabajo y sacrificio. Según indicó repetidamente, la específica contribución al fin de la Iglesia de los laicos, en general, y los científicos, en particular, es el ejercicio libre y responsable en el seno de las estructuras temporales, al colocar a Cristo en la cumbre de las actividades humanas.

El ser humano a veces tiende a evadirse de su verdadera naturaleza para hallar otra diferente. En especial al joven, la angustia frente al mundo actual puede llevarle a la búsqueda de ensueños, pero los sucedáneos —los paraísos artificiales, por ejemplo— no traen consigo más que el triste bagaje de la degeneración y de la desesperanza. En cambio, el camino trazado con fines sobrenaturales puede apagar la sed interior y salvar el desamparo. El Opus Dei recuerda, a través de su Fundador, que la auténtica felicidad se reserva a los que practican las virtudes cristianas y corresponden con sacrificios voluntarios, con la donación de sí mismos, a descubrir los misterios divinos.

Mons. Escrivá de Balaguer consideró siempre que la religión debía estar presente en la Universidad y enseñarse a los cristianos —y a otros que lo deseasen— a un nivel científico de buena teología, ya que su falta supone ignorar una dimensión fundamental de la persona humana. Su pensamiento pudo plasmarlo en esa ejemplar entidad que es la Universidad de Navarra. En un discurso académico con motivo del nombramiento de doctores honoris causa de los profesores Hengsbach y Lejeune aclaraba que la fortaleza del espíritu, el talento creador y la constancia en el esfuerzo son necesarios para que la Universidad sea fiel, en las inciertas circunstancias sociales del presente, a su misión de servicio a todos los hombres, mediante la investigación universal de la verdad (“Nuestro Tiempo”, n. 240, junio 1974, p. 25).

Ante todo debo exponer que, en conexión con la vida científica y docente, solamente oí de sus labios consejos de máxima validez, de índole sobrenatural,

por supuesto, y con un exquisito respeto por la libertad profesional y científica. Siempre insistía en que el cristiano tiene y expresa su propio parecer personal, del que debe ser asimismo responsable particularmente. Por otra parte, en cuestiones temporales nadie puede pretender imponer dogmas que no existen.

El Opus Dei tiene un fin exclusivamente sobrenatural. El trabajo de sus socios en el campo de la docencia y de la investigación es realizado en el ejercicio de sus derechos y deberes cívicos, de su libertad personal, como ciudadanos corrientes. Ejercen su profesión de acuerdo con las leyes vigentes y con criterio profesional, procurando realizar su trabajo con la máxima perfección humana posible y asumiendo sus personales responsabilidades en solidaridad con sus compañeros. El espíritu de la Obra de Dios ha contribuido eficazmente, en estos cincuenta años, a la formación ética, moral y espiritual de investigadores y de profesores universitarios como una faceta más de ese apostolado que se realiza con personas de toda condición social y de todas las profesiones, que se desborda, en palabras de Mons. Escrivá de Balaguer, como un mar sin orillas. En una ocasión solemne dijo: **La Universidad sabe que necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico y sostiene su templo de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública** ("Nuestro Tiempo", n. 240, p. 26).

El hombre es capaz de actuar sin presiones, de ser causa y no simplemente efecto. Por otra parte, es pertinente indicar que la ciencia y la fe tienen un punto de convergencia evidente: ambas son dispensadoras de la verdad y la buscan ardentemente, lo cual debe ser el motor fundamental de la actividad del científico.

Su finísima sensibilidad para lo que al alma se refiere permitió al Fundador del Opus Dei comprender incomparablemente el daño de la pérdida del sentido sobrenatural en lo cotidiano. Su amor a la libertad le impedía coacción alguna y defendió, en todo momento, ardorosamente el albedrío y la independencia de las conciencias, en conjunción armoniosa con su afán de servicio a Dios, a la Iglesia y a los hombres.

("El Imparcial", 6-X-78, p. 9)

XIV

UN AMIGO DE DIOS

José María PEMAN, de la Real Academia Española

Me invitaron unos amigos a presenciar la proyección de unos cortometrajes de las visitas y predicaciones de Mons. Escrivá de Balaguer por tierras hispanicas de América: Chile, Uruguay, Perú, Argentina, Venezuela. El Fundador del Opus Dei era una humildad transeúnte, que se definía a sí mismo como un cura que no habla más que de Dios.

No alcancé yo a oír a ese desbordante gaditano, Emilio Castelar. Todo tiene su explicación como oficio, y su oficio como fórmula técnica. Pero sí alcancé a esa prolongación de la oratoria castelarina, o de párrafo largo, en que se ejercitaban sus discípulos, como Vázquez de Mella. Maestro —le decían—, en tal párrafo ha repetido usted el mismo pensamiento hasta once veces...

—Pues no faltará quien hubiese necesitado insistir hasta la docenita.

El almacén técnico de elocuencia no tiene más valor que el de ser ratonera de las ideas, y no permitir que se derrame del vaso el producto de la mente. Es ocasión de recordar, ahora que la Obra cumple cincuenta años, que vale por un siglo en esa trampa que los santos le hacen a la Eternidad.

Todo corría también a cargo de un sentimiento tenaz de marianismo caliente. Muchos se preguntan por qué el Padre unificaba sus nombres de pila en un solo fonema: Josemaría; cosa que estoy seguro satisface a la Virgen y al Patriarca. Por algo es también el español el que no reza nunca un padrenuestro sin anudar en su cola un avemaría. Así como no concibe un Crucificado o un Nazareno que desfile en procesión no yendo seguido de cerca por un paso de la Virgen. Reflejo de un imperativo conceptual. Porque imponiendo suavemente el itinerario emocional termina siempre en voz que se oye a cargo de cualquier cofrade en cualquier esquina: ¡Que ya viene la Virgen!

Después de su marcha al cielo se ha publicado otro tomo de homilías: **Amigos de Dios**. No hay que imaginar este nuevo tomo como encerrado en el esquema de un trozo evangélico seguido de un comentario y su exégesis. Ahora se trata de tomar como cabeza de la contemplación las adquisiciones morales: las virtudes, el trabajo con valor de oración.

La literatura ascética de Mons. Escrivá de Balaguer se las ingenia para implicar una humanísimo apoyo en el atractivo y la simpatía. Su primer tomo de homilías se titulaba **Es Cristo que pasa**. Pero Cristo no pasa, se detiene y se sienta al caer la tarde en tertulia de buena amistad. Por eso **Amigos de Dios** es una nueva recopilación de coloquios amistosos.

Con toda esa tarea, el Padre vino a llegar a cada corazón, se adelantó a esa costumbre que se impone y crece, por la que cada heterodoxia, cada cambio o incluso cada asesinato es reclamado por alguien como portavoz de un grupo. Hasta los robos y los asesinatos entran en esta partición. Se diría que el diablo se ha vuelto escrupuloso para puntualizar sus derechos de autor. El Padre se anticipó a declarar los derechos de autor de sus tareas con sobriedad latina: "Opus Dei".

Y a la espalda del fundador ha quedado un conglomerado de ideas vitales —el trabajo con valor de oración; la oficina o el taller como instrumento de salvación; la jaculatoria como piropo—, que podrán presentar cierto matiz de vanguardia, pero que el Padre dejó bien clasificada en la ascética tradicional. Y se apresuró a descargar el peso particular o individual: Eso es la Obra de Dios.

Ahora que se cumplen los cincuenta años de su fundación, con el Padre en el cielo, he recordado lo que me dijo Séneca, allí en Jerez, la última vez que vi a ese hombre de Dios —a ese amigo escogido por Dios—, y que ya conté en otra ocasión.

—Don José: si llaman a todo esto “Obra de Dios”, ¿qué obra ha tenido que hacer este padre?

—No ser estorbo de la Obra de Dios, ¿te parece poco? Dios obra a través de los hombres y las cosas. Es lo que se llama las **causas segundas**.

Miró hacia la riada humana. Se rascó la cabeza:

—Pues esta causa segunda, don José, le ha salido a Dios de primera.

(“ABC”, 1-X-78)

XV

LA OBRA DE UN JUGLAR DE DIOS

José TARIN IGLESIAS, Director de “El Noticiero Universal”

Quizás a alguien, no le sonará muy bien eso de la obra de un juglar de Dios, si se tiene en cuenta la más pura acepción académica, pero es que el juglar a que nos referimos, como decía hace algunos años un conocido periodista sudamericano, sabía prodigar, ante todo, la gracia humana, el humor más espléndido, las ocurrencias más inesperadas y chispeantes. Yo mismo lo pude constatar en la única vez que le vi y hablé con él fugazmente. En la vida de la humanidad, la fecha del 2 de octubre de 1928 marcará un importante hito. En aquella jornada otoñal, totalmente desapercibida por unos y por otros, un joven y desconocido sacerdote, nacido en las altas tierras aragonesas —nuestro juglar en cuestión—, iluminado por una ráfaga del Espíritu Santo, fundaba el Opus Dei, que tan sólo con medio siglo de existencia iba a tomar unos vuelos insospechados, despertando a la vez despiadados ataques por parte de algunos sectores de una sociedad que, quizá, no llegaba o no quería comprender una actuación inmersa en la problemática de un mundo repleto de claroscuros que marchaba, ya entonces, hacia una total y completa renovación. Lo que nacía en aquel momento, era un apostolado —al decir de su fundador— que abarcaba a todas las gentes de todas las condiciones, que tenía tantas facetas cuantas podían ser las actividades del hombre, porque cualquier actividad podía convertirse en labor de apostolado. Es decir, surgía para amar, servir a Dios y a los demás hombres en y a través de un trabajo ordinario.

Los viejos moldes, que durante años y aun siglos venían imperando, veníanse abajo en virtud de unas circunstancias que cambiarían la faz del mundo. Era necesario actuar dentro de la sociedad, en sus mismos cimientos, pero nunca al margen de ella. Buscar la plenitud de la vida cristiana, entre personas de todas clases y condiciones. En cierto modo, el Opus Dei venía a adelantarse en mucho al espíritu del Concilio Vaticano II, que representó la puesta al día de la Iglesia. Muchos años después, Mons. Escrivá de Balaguer podía decir que **por lo que se refiere a nuestro espíritu, el Concilio no ha supuesto una invitación a cambiar, sino que, al contrario, ha conformado lo que —por la gracia de Dios— veníamos viviendo y enseñando desde hace muchos años.**

Medio siglo ha transcurrido desde que aquel humilde capellán de un patronato de enfermos ponía en marcha una obra excepcional, que iba a enseñar algo que contrastaba seriamente con el ambiente de la época, y también con el clima que se respiraba en los sectores católicos. Con la perspectiva del tiempo se ve que todo aquello que acababa de surgir era sobrenatural y divino. Mons. Escrivá de Balaguer nunca quiso revelar detalles de lo que le llevó a la fundación de la obra. **Lo encontraréis —solía decir— escrito cuando yo me muera.**

En definitiva, lo que se propuso el Opus Dei era la santificación de las cosas vulgares. Su espíritu recogía la realidad hermosísima —observada durante siglos por muchos cristianos— de que cualquier trabajo digno y noble en lo humano puede convertirse en un quehacer divino. En realidad, en el servicio de Dios no existen oficios de poca categoría: todos son de mucha importancia. Aquí, quizás, es donde radica la clase y la importancia de su labor, y también, en cierto modo, la novedad que predicaba el sacerdote aragonés: trabajar con una sonrisa y quitar importancia a la fatiga.

Los primeros tiempos fueron extremadamente malos. Debieron vencerse grandes dificultades. Como en el caso de Santa Teresa, el secreto de Escrivá de Balaguer radicaba en su carácter: animoso, entero, jovial, afable. Cuanto más apurado se le veía, tanto más sereno se encontraba. Hubo que trabajar mucho para sacar adelante las primeras obras, especialmente las residencias. Las calles de la capital fueron testigos excepcionales de esa constante labor. El fundador —hombre noble, veraz, sincero, recto, vehemente— trabajaba a la vez que intentaba formar a los primeros que tenía a su alrededor. Había una representación de casi todo: universitarios, obreros, pequeños industriales, artistas... La fortaleza humana de la obra —señalaba muchos años después— fueron los enfermos de los hospitales de Madrid; los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas.

Desde un buen principio, los socios del Opus Dei fueron personas comunes, que desarrollaban un trabajo corriente en medio del mundo como ciudadanos cristianos que deseaban responder ampliamente a las exigencias de su fe. El realismo fue lo que se impuso desde la hora inicial. Escrivá confiaba más en las virtudes sobrenaturales que en las humanas. **No os hagáis ilusiones. Sólo con medios humanos, iremos al fracaso en todo. En cambio, con los medios sobrenaturales saldremos adelante siempre. Porque dificultades habrá, tiene que haberlas. No estamos, desgraciadamente, en la gloria estamos en la tierra y tenemos defectos...**

Una de las primeras aspiraciones fue intervenir decididamente en el campo de la enseñanza. Era imprescindible crear centros impregnados de amplio sentido cristiano, pero sin llamarse nunca católicos. Por esto, uno de los primeros seguidores de Escrivá de Balaguer pudo decir que cuando, veinte años después, le hablaron del planteamiento de la Universidad de Navarra, no se sorprendió porque era una cosa conocida.

Si algo existe, pues, que impresiona en los primeros tiempos de la Obra es el convencimiento con que el Fundador hablaba de todos sus futuros trabajos, y, en realidad, como alguien ha dicho, sus sueños no podían apoyarse en nada humano y, en cambio, iban perfilándose ante el asombro de todos. En él, como resaltó un prelado español, hubo algo muy importante: supo mantener el equilibrio y la armonía, uniéndolo a la vez a la prudencia y a la audacia.

Uno de los aspectos más importantes de esta Obra, fundada hace cincuenta años, es que jamás hizo discriminaciones. Trabaja y convive —dijo en cierta ocasión Escrivá de Balaguer— con todos, porque hay en cada persona un alma a la que hay que respetar y amar. No son sólo palabras: nuestra Obra es la primera organización católica que, con la autorización de la Santa Sede, admite como cooperadores a los no católicos, cristianos o no. He defendido siempre —añadía— la libertad de las conciencias. No comprendo la violencia; no me parece apta ni para convencer ni para vencer; el error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con el estudio; nunca con la fuerza, siempre con la claridad. Así se comprenderá que siendo ese el espíritu que desde el primer momento hemos vivido, sólo alegría pueden producirme las enseñanzas que sobre este tema ha promulgado el Concilio.

Cincuenta años son muy pocos en la vida de la humanidad, pero son los suficientes para poder comprender el alcance y trascendencia de esa Obra, fundada por un hombre excepcional y representativo, como fue Mons. Escrivá de Balaguer, a quien un día, un alto dignatario de la Curia le dijo: Ustedes han llegado con un siglo de anticipación.

Así lo ha dado a entender toda la actuación apostólica del Fundador, que por espacio de más de veinte años recorrió incesantemente el mundo en busca de almas a las que contagiar su incontenible audacia. Medio siglo, que ya pertenece de lleno a la historia de nuestra mejor espiritualidad.

(“El Noticiero Universal”, 30-IX-78)

XVI

DE TOMAS MORO A MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER

Esteban PUJALS, Catedrático de Literatura Inglesa de la Universidad Complutense de Madrid

Se cumple este año el cincuenta aniversario de la fundación del Opus Dei. La figura de su Fundador, Mons. Escrivá de Balaguer, me ha recordado —quizá por mi condición de Catedrático de Literatura Inglesa— la de Santo Tomás Moro, el gran humanista inglés del que este año celebramos el 500 aniversario de su nacimiento. Porque son numerosos los rasgos del espíritu de Mons. Escrivá de Balaguer que evocan, de algún modo, pese a los distintos de sus quehaceres, la vida del mártir Tomás Moro, a quien Gran Bretaña reconoce unánimemente como el más inglés de los santos y uno de sus representantes ciudadanos de todos los tiempos.

En la doctrina que ha predicado Mons. Escrivá de Balaguer ocupa un lugar destacado la llamada divina a la santidad en medio del mundo, a través del ejercicio de cualquier oficio o profesión honesta, importante algunas veces y sin ningún relieve social en la mayoría de los casos. Setenta mil personas —de distintos países, de las más variadas profesiones, casadas o solteros— siguen este camino cristiano con naturalidad y sencillez. Más de una vez se ha comentado que si Tomás Moro hubiese vivido hoy, bien podría haber sido del Opus Dei. Desde muy joven se sintió atraído por la vida religiosa. Sin embargo, como recordaba recientemente “The Times”, escogió la búsqueda de la santidad en el mundo ordinario del matrimonio y la familia, y, lo más difícil de todo, en el servicio público y la política.

En una entrañable homilía pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra, el Fundador del Opus Dei, después de subrayar el deber de los cristianos, hombres y mujeres del mundo, de no evadirse del honesto quehacer diario, afirmaba: Por el contrario, debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo. Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir (Conversaciones, n. 114).

La personalidad de Santo Tomás Moro tiene también otras facetas que recuerdan especialmente la figura de Mons. Escrivá de Balaguer. Me refiero, entre otras, a su amor a la libertad personal y a su fidelidad a la propia conciencia. En la vida de Moro es fácil observar una clara mentalidad laical que le llevó a cargar personal y responsablemente —como juez, consejero o Lord Canciller— con todas las consecuencias de sus actividades civiles. No hay en ellas rastro alguno de clericalismo, tan frecuente en aquella época. Tampoco lo hay en el Fundador del Opus Dei: su doctrina sitúa al cristiano ante la obligación de tomar decisiones —libre y responsablemente— en las cuestiones temporales que afectan a la sociedad civil. Pero a ese cristiano —decía Mons. Escrivá de Balaguer— jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las soluciones católicas a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser, hijos míos! Esto sería clericalismo, catolicismo oficial o como queráis llamarlo. En cualquier caso, es hacer violencia a la naturaleza de las cosas. El Fundador del Opus Dei terminaba este párrafo con unas frases que se reflejan también en la vida de Tomás Moro. Tenéis que difundir por todas partes una verdadera mentalidad laical, que ha de llevar a tres conclusiones:

A ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal;

A ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a la que cada uno de nosotros tiene;

Y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas (Conversaciones, n. 117).

Junto a esta mentalidad laical que se manifiesta en la biografía y en los escritos de estas dos figuras universales, se encuentra, inseparable, su amor a la libertad personal. La conducta de Moro, su diálogo abierto con los hombres de la política o de la ciencia y su respeto ante las opiniones que discrepaban de la suya, es una muestra de su pasión por la libertad de los católicos en las cuestiones temporales. Como es sabido, a Tomás Moro le cabe el mérito de haber tenido la valentía de pedir al Rey, en su discurso de aceptación como speaker del Parlamento, que concediera la libertad de expresión a todos los miembros de los Comunes. Hoy, todos los miembros de la Cámara —lo recordaba recientemente George Thomas, actual speaker— deben a la audacia de Moro el privilegio del que gozan.

Este canto apasionado a la libertad es continuo en los labios del Fundador del Opus Dei: Interpretad, pues, mis palabras, como lo que son: una llamada a que ejerzáis —¡a diario!—, no sólo en situaciones de emergencia, vuestros derechos; y a que cumpláis noblemente vuestras obligaciones como ciudadanos —en la vida política, en la vida económica, en la vida universitaria, en la vida profesional—, asumiendo con valentía todas las consecuencias de vuestras decisiones libres, cargando con la independencia personal que os corresponde. Y esta cristiana mentalidad laical os permitirá huir de toda intolerancia, de todo fanatismo —lo diré de un modo positivo—, os hará convivir en paz con todos vuestros ciudadanos, y fomentar también la convivencia en los diversos órdenes de la vida social. Y proseguía: Sé que no tengo necesidad de recordar lo que, a lo largo de tantos años, he venido repitiendo. Esta doctrina de libertad ciudadana, de convivencia y de comprensión, forma parte muy principal del mensaje que el Opus Dei difunde. ¿Tendré que volver a afirmar que los hombres y las mujeres, que vienen a servir a Jesucristo en la Obra de Dios, son sencillamente ciudadanos iguales a los demás, que se esfuerzan por vivir con seria responsabilidad —hasta las últimas conclusiones— su vocación cristiana? (Conversaciones, n. 118).

Tomás Moro fue decapitado el 6 de julio de 1535. El hombre que estaba dispuesto a ceder, si era necesario para el bien común, en todo lo personal, prefirió el hacha del verdugo antes que traicionar su conciencia cristiana. Transigía en cuestiones opinables, pero supo ser intransigente cuando estaba en juego su fe. La transigencia es señal cierta de no tener la verdad. —Cuando un hombre transige en cosas de ideal, de honra o de fe, ese hombre es... un hombre sin ideal, sin honra y sin fe (Camino, n. 394). La caridad de Jesucristo te llevará a muchas concesiones... nobilísimas. Y la caridad de Jesucristo te llevará a muchas intransigencias... nobilísimas también (Camino, n. 369).

El amor heroico por la Iglesia y por el Papa animó de manera creciente la existencia del Fundador del Opus Dei. Amor que repetidamente le llevó a ofrecer al Señor su vida —y mil vidas que tuviera, subraya—, por la Esposa de Cristo y por el Romano Pontífice, explicaba el doctor don Alvaro del Portillo en un acto celebrado en la Universidad de Navarra en memoria de Mons. Escrivá de Balaguer. He presenciado como testigo directo —son palabras del

actual presidente general del Opus Dei— el indecible sufrimiento que le causaba cualquier deslealtad con la Iglesia, doctrinal o disciplinar. El Padre sufría y sufría; rezaba, trabajaba, se entregaba al apostolado, incluso más allá del límite de sus fuerzas. Su corazón se consumía y volcaba en desagravio, en reparación generosa, en vigilancia y desvelo del doloroso amor, en oración porfiada, en atención sobre su pusillus grex y en dar, doctrina a cuantos la querían, escuchar, olvidándose en absoluto de sí mismo.

Estoy seguro —concluía— de que Nuestro Señor ha aceptado este holocausto del Padre por la Iglesia. Tengo la convicción de que, desde el Cielo, intercederá poderosamente por todo el Pueblo de Dios y por sus pastores para que, atentos al querer de Jesucristo, se hagan patentes la unidad en la fe y la unidad en la doctrina, de modo que haya verdaderamente un solo rebaño y un solo Pastor (En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Madrid, 1976, pp. 41-42).

La Iglesia cuenta ya a Tomás Moro entre sus santos. Es pronto todavía —falta perspectiva histórica— para considerar por entero la figura de Mons. Escrivá de Balaguer. Pero su personalidad ha alcanzado ya una proyección espectacular en la Iglesia y en el mundo. Y el paso de los años, sin duda, no puede sino agrandarla.

(“Diario de Las Palmas”, 2-X-78)

XVII

EL PADRE ESCRIVA

José Antonio GIMENEZ ARNAU, Embajador

Quando San Silvestre se acostaba el 31 de diciembre de 1928, tenía yo la convicción de que ese año sería difícilmente olvidable para mí. En él, en efecto, mi “anciano” padre —con cincuenta y tres años a la espalda— le había hecho un quite a la muerte mientras que mi fuerte hermano primogénito, de veintidós años, se había rendido, sumiso y sereno, a la Desnarigada. Ignoraba, en cambio, que aún un hecho importante iba a acompañar a ese año que hoy recobra actualidad. Pero a esto tornaremos más tarde. Que por todas partes se va a Roma y en Roma precisamente termina esta triste y, a un tiempo, alegre historia.

* * *

Catorce años después, yo ya asomándome a la treintena, tomé la resolución de casarme. Mi ausencia de España, desde el fin de la guerra fratricida, me había hecho olvidar a amigos y conocidos de los que anduviera ya separado los casi tres años de la contienda. Recurrí a quien, hacía muchos años, acudiera en los casos necesarios: a mi hermano Enrique, aquel que tomara el puesto de primogénito cuando el tifus se llevó a mi hermano Faustino. Enrique, me quiere casar y no tengo cura que lo haga. Sonrió mi hermano como indicando que problemas como ese eran de fácil solución. No te preocupes. Tengo el sacerdote indicado. —¿Por qué indicado? —Pues mira, era muy amigo de tu padre, condiscípulo y amigo de nuestro hermano Faustino y fue también condiscípulo

y amigo mío. Por si necesitas más, es un hombre extraordinario. Quedé yo silencioso, sorprendido de que existiera un ser de las características descritas y totalmente desconocido para mí. —¿Quién es? —Estoy hablando del padre Escrivá. No me dijo nada el nombre. Provocó Enrique un encuentro y pocos días más tarde almorcé con el sacerdote en casa de mi hermano. Nada sabía de sus proyectos evangélicos, nada sabía de su historia pasada, pero al dejarle aquella primera vez comprendí que aquel futuro oficiante de mi matrimonio tenía Gracia, gracia con mayúscula, que sólo reparte la tercera persona de la Trinidad.

Me fueron llegando noticias suya, no muchas, porque su trabajo era intenso y difícil, aun cuando los negros pájaros todavía no le eligieran como presa de su hambre voraz.

Lo conocí mejor el día de la boda en que, al confesarme con él, tuve que relatar el penoso y grotesco incidente de un frustrado duelo ante el que reaccionó con una energía que no convenía con su usual afabilidad. ¿Qué estoy oyendo? ¿Será posible que seas tan pollino como para creer que con una espada o una pistola se puede lavar eso que tú, seguramente, llamarás pomposamente honor. Había en su tono duro una buena dosis de tristeza. Nada podía yo hacer sobre todo teniendo en cuenta que estaba totalmente de acuerdo con lo que decía. Y horas más tarde bendecía mi matrimonio con quien iba a ser la madre de mis seis hijos.

Con el tiempo aquel desconocido presbítero fue siendo familiar a muchos a unos que le reverenciaban y a otros que lo denigraban. Yo, en mi ruta diplomática, recordaba su perfil humano, su simpatía contagiosa y su afabilidad constante. Volví a oír de él —no cuando prosperaba la semilla insignificante que iba constantemente aumentando de dimensión—, sino cuando supé que también él había casado por poderes a mi hermano Ricardo. Mi Dioscuro que también en esto se emparejaba conmigo.

Tardaron en llegarme noticias del Opus Dei, de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, de Camino, de la gran cosecha. Recorrí el mundo y fue tropezando con jóvenes iluminados que me pedían —realmente pedían a mi mujer— que se les comprase unas camas, una batería de cocina, una vajilla, que se les buscase un piso... Yo no dejaba puntualmente de repetir mi cantinelada: Yo os ayudo encantado, pero me parece conveniente que sepáis que yo no soy del Opus. Y, efectivamente, nada tenía que ver, por más que me lloviera alguna vez algún varapalo de mal informados alcaldes, que castigaban a quien tenía muchos motivos de castigo, pero no ciertamente el que erróneamente me atribuían.

Yo seguía distinguiendo al sacerdote virtuoso, al aragonés amigo del día de mi boda, al hombre atractivo y generoso de una Obra que iba aumentando como ese minúsculo pedazo de nieve que se desgaja de una cumbre y acaba convirtiéndose en un alud y una avalancha.

Nos carteamos con parsimonia y casi siempre en razón de esta contradictoria situación, mi amistad con él y mi inhibición frente a la Obra. Nos vimos en España, en Portugal, en Italia. Casi siempre acabábamos hablando de Aragón y hablando de los míos que él, bien generosamente, elogiaba con calor. Compró-

bé así que mi padre, que tuvo siempre la coincidencia con mosén Escrivá —así decimos en Aragón— de que la santificación se fabrica día a día y se fabrica en el permanente quehacer profesional. Me emocionaba y enorgullecía oírle hablar de Faustino, mi hermano primogénito, y de Enrique, por quien él profesaba verdadera amistad. Uno puede pensar que todo está preparado. Que hay un cierto teatro en lo que ve. Pero, de repente, surge una ocasión en que se juega con cartas descubiertas y en que se comprueba que la verdad es la verdad. Podía estar, sí, preparada la reacción de sus colaboradores cuando, oyendo mis apellidos, comentaban ¡cómo se les quiere aquí!; pero ya era más difícil que el 26 de junio de 1975, minutos después de su muerte, de su envidiable muerte, me llegase un mensaje telefónico dándome cuenta de su fallecimiento al que seguían estas palabras: Se telefoneó al Santo Padre y luego al embajador de España, Giménez-Arnáu. Esto, después de mi impertinente reiteración sobre el Ya sabes que no soy del Opus que acabó mereciendo una dura réplica: Eres un tozudo aragonés y estoy cansado de oírte siempre lo mismo. Me da igual que seas de la Obra o del Real Madrid. Lo que me interesa es otra cosa. ¿Tú eres mi amigo? —¡Claro! —Bueno, pues eso liquida la cuestión.

Recordé luego —¿quién me lo había dicho?, ¿lo había intuido yo?— que su última oración del día era no para sus enemigos —que él no los tenía—, sino para los que le atacaban. La máxima de San Pablo él no la repetía, él la practicaba: Sol non occidat super iracundiam vestram. Minutos más tarde, después de la noticia, junto a Mons. Alvaro del Portillo lloraba yo al amigo muerto. Lloraba mi egoísmo. Don Alvaro no lloraba. Ni él ni los suyos. Y no lloraban porque el padre Escrivá seguía junto a ellos ayudándoles, animándoles, acompañándoles...

Por eso al empezar hablaba de triste y alegre historia. Triste para mí, para los egoístas. Alegre para otros que lo tenían y lo tienen clavado allá arriba.

El clamor que seguía a su muerte compensaba un poco de cuantos grandes y pequeños agravios habían acompañado su vida. Apenas unos días más tarde otro gran amigo mío también, el cardenal Sebastián Baggio, publicaba un admirable artículo en "El resto del Carlino", de mi vieja y querida Bolonia, y tras él seguían otros purpurados y otras gentes inesperadas componiendo un rosario que culminó con la visita que, en víspera de su elección, le hiciera el Papa Juan Pablo I (q. S. G. h.).

Yo pensaba en mi amigo que en dos ocasiones quiso comer en la Embajada de España a condición de que yo devolviese mi visita y comiera con él en el Bruno Bozzi y a condición —este acuerdo fue tácito— de que jamás se hablase de política: ni española, ni italiana, ni de ningún rincón del mundo.

He comprobado que generalmente es tristemente cierto el dicho de el muerto al hoyo y el vivo al bollo. No fue así en ese caso. En el primer aniversario asistí a un funeral sobrecogedor de gentes que tampoco lloraban: dialogaban simplemente con él. Nunca he visto nada parecido. Tras unas palabras de Mons. Alvaro del Portillo una muchedumbre de fieles, en medio de un silencio sepulcral, se acercó a la Eucaristía. Y en esos momentos un viejo amigo, gran humanista, me dijo en un susurro: José Antonio, embajador, este ambiente, esta atmósfera no se vivían desde los tiempos del soldado de Loyola.

El Opus Dei fue creado en 1928. Aquel año en que mi hermano Faustino sumiso y sereno, entregaba su alma a Dios. Aquél en que mi “anciano” padre —tenía cincuenta y tres años— hiciera un quite a la muerte. Aquél en que un cura aragonés fundó una Obra que cuenta con miles y miles de hijos.

Fue exactamente el día 2 de octubre, fiesta de los Angeles Custodios.

(“ABC”, 1-X-78)

XVIII

CASI UN CURA DE PUEBLO

Julio TRENAS, Periodista

Así se le autodefinió a don Manuel Aznar el Fundador del Opus Dei, allá por los albores de la segunda República, cuando vivía los años iniciales de su empresa espiritual. **Aun en las fundaciones religiosas más egregias —le había sugerido el escritor—, los fundadores están en peligro de pecado de soberbia. Y el buen sacerdote aragonés desechó amistoso: ¿Cómo quieres que me tiente el orgullo? ¿Por qué? Soy un pobre cura, casi un cura de pueblo; un sacerdote de la Iglesia de Dios, siervo de todos los demás, y mi refugio de salvación, mi deber más inmediato, debe ser la humildad.**

No encuentro nada más exacto, entre lo mucho que escribió o habló Mons. Escrivá de Balaguer, para definir su vida y su tarea. Y esto, aunque algunos hayan tildado de elitista la obra por él creada. Nada tan lejos de la mentalidad y el sentimiento del sacerdote, cuya única aspiración era la de ayudar por los caminos del espíritu a la libertad y a la dignidad del hombre. A la santificación en cualquier menester al que su propio destino vital le hubiese vinculado.

La verdadera grandeza —y éste es el ejemplo de los sabios y de los santos— anida en la sencillez. Para mí —que no lo conocí personalmente, pero poseo abundantes referencias directas de quienes lo trataron—, Mons. Escrivá picó alto porque caminó sencillo. El tiempo solidificó su obra, prolongándola más allá de la sombra proyectada por su persona física sobre la Tierra. En cierta ocasión, alguien de su entorno se revolvía ante la idea de que el buen Padre pudiera faltar. Se escuchó otra vez el **¿qué haremos?** de los apóstoles. Y él, con aquella sonrisa que no había perdido el aire candoroso de la santidad, respondió: **¿Acaso estáis aquí para seguir a un pobre sacerdote? Estáis para seguir a Dios, que no se os irá nunca.**

Entre cuanto he repasado, oído y leído en torno al Opus Dei y a Mons. Escrivá se me quedaron especialmente sus perfiles y gestos humildes. Entre los contactos masivos difundidos por la televisión, la prensa e incluso el cine, ya en la culminación de su obra, abrumaba su sencillez. No importaba el auditorio que tuviese delante. Sabía calar directo al corazón. Utilizaba un lenguaje para gentes de pueblo. Para pescadores, como Jesús en Galilea. Y sin embargo, promovió y enriqueció de espiritualidad los ámbitos universitarios, los entornos

del mundo científico y de la técnica. La parábola del grano de mostaza con su eficacia fecundante se advierte al cumplirse el medio siglo de su obra. Asombra la dimensión alcanzada. Cinco continentes la conocen. **Más de 60.000 personas le llamaban padre**, tituló “Il Giorno”, de Milán, en julio de 1975, un artículo de Giuseppe Corigliano sobre la figura de don Josemaría. Y estos miles de personas pertenecían a todas las razas y pueblos.

Hay cierto misterio en el nacimiento del Opus Dei. Se dan esas brumas, de pronto atravesadas por el rayo de la revelación, algo maravilloso que Mons. Escrivá guardaba tímidamente en su corazón y de lo que apenas deseaba hablar. Había venido a Madrid en los primeros meses de 1927. Era capellán del Patronato de Enfermos de las Damas Apostólicas y daba clases en una academia en tanto preparaba su doctorado en Derecho. El tiempo restante lo dedicaba a la oración. Así le sorprendió el 2 de octubre de 1928, mientras hacía unos días de retiro en la casa de los Paules de la calle de García de Paredes. Aquel sacerdote de veintiséis años sabría entonces con toda claridad que Dios le había elegido para crear una obra que santifica el trabajo, inundando su materialidad con la espiritualidad del alma.

Sembró pacientemente la semilla. Estudiantes y obreros serían los primeros en conocer su propósito, y surgieron las casas humildes y la tarea humanitaria. Aquel sacerdote del pueblo y para el pueblo recorría, acompañado de un grupito de almas como la suya, lo que entonces eran barrios extremos de la villa: Vallecas, Ventas, Tetuán, Cuatro Caminos... A veces hacían varios kilómetros por caminos embarrados o campo a través. Nunca se borraron de su ánimo aquellos días de apostolado entre menesterosos. En febrero de 1975 lo recordaba en Altoclaro (Venezuela): **Yo siempre tengo sobre mi conciencia —y con orgullo lo digo— el haber dedicado muchos, muchísimos millares de horas a confesar niños en las barriadas más tristes y desangeladas del mundo. Venían con los mosquitos hasta la boca. Había que comenzar limpiándoles la nariz, antes de limpiarles un poco aquellas pobres almas.**

Lo curioso es que hasta el nombre para su empresa religiosa habría de llegarle como regalada sugestión. En los principios de la tarea, alguien le preguntó: **¿Y qué, Padre, cómo va esa “obra de Dios”?** Don Josemaría vio entonces claramente definidos sus trabajos: **Obra de Dios.** Y así decidió llamarla. Todo esto lo recordaba el patriarca de Venecia, Albino Luciani, el 25 de julio de este año en “Il Gazzettino”, de la ciudad de los canales. Quien andando unos meses sería el Papa Juan Pablo I, se anticipaba a la conmemoración del medio siglo de la Obra y definía, concorde con la mentalidad de su Fundador: **La extensión, el número y la calidad de los socios del Opus Dei ha hecho pensar en no se sabe qué intenciones de poder y de férrea obediencia de gregarios. La verdad es lo contrario: sólo existe el deseo de hacer santos, pero con alegría, con espíritu de servicio y de gran libertad.**

A modo de ilustración, el cardenal Luciani citaba una anécdota: **En 1957, una alta personalidad felicitó a Escrivá porque un socio había sido nombrado ministro en España, y recibió esta respuesta, más bien seca: “¿Qué me importa que sea ministro o barrendero? Lo importante es que se santifique con su trabajo.**

A esta santificación, comenzando por él mismo, se consagró toda la vida de Mons. Escrivá de Balaguer. **Casi un cura de pueblo**, como se definió a sí mismo. Pero con toda la capacidad absorbente, creadora, abrumadora en lo espiritual que el pueblo tiene.

(“Pueblo”, 3-X-78)

XIX

Y ES QUE DIOS NO HA MUERTO

Rafael GOMEZ PEREZ, Escritor

Pascal dijo sobre Descartes: **El hubiera querido, en toda su filosofía, poder no contar con Dios, pero no ha podido evitar asignarle el papel de dar un toquecito, para poner el mundo en movimiento; después de esto, ya no sabe qué hacer con Dios.** Quizá Pascal exageraba, pero lo que era una posibilidad escondida en Descartes —prescindir de Dios— fue una realidad bien visible en Hegel y en el más hegeliano de sus sucesores, en Marx.

Por su cuenta y riesgo, Nietzsche lanzó al mundo un no tan original **Dios ha muerto**. Luego, esta banalidad se hizo calderilla de cierta cultura que ha copiado malamente a los maestros del siglo XIX. Eso de **Dios ha muerto** sólo puede ser una mala metáfora; si fuese cierto, el mundo estaría lleno de falsarios o de alucinados: todos los que de corazón rezan a Dios y lo llevan en sus vidas.

Entre esos millones de cristianos tendremos que incluir a los que pertenecen al Opus Dei, con el agravante de que no sólo piensan que Dios no ha muerto, sino que le ven presente en lo más ordinario de las acciones humanas. Hay un tono sencillo, pero solemne, en muchas de las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer, fallecido en Roma en 1975, con fama de santidad. Al leer ahora de nuevo esas palabras, se aprecia un algo de sobrecogedor. ¿Cómo es posible, en medio de un descreimiento si no general sí muy extendido, que se hable de Dios con tanta fuerza

El cristiano no es un paria, debe ser la sal y la luz de la tierra. Así, sin titubeos. **Hemos de conducirnos** —escribe el Fundador del Opus Dei— **de tal manera que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama.**

La religión no es una reliquia de venturosos tiempos pasados. No es una **buena costumbre social**. Los papeles se invierten. Son conformistas los que hacen un culto del propio yo y de sus mediocres incidencias. Son rebeldes los que aman a Dios, porque **la religión es la mayor rebeldía del hombre, que no tolera vivir como una bestia, que no se conforma —no se aquieta— si no trata y conoce al Creador**, en palabras de Mons. Escrivá de Balaguer.

El **Dios ha muerto** era muy cómodo; demasiado. Quería decir, en realidad: **na muerto o está muriendo en mí esa inquietud por encontrar el sentido de mi vida, lo que me lleva a no atacar la fama del prójimo, a no ser injusto, a no fornicar, a no convertirme en el pequeño ombligo de un mundo minúsculo.** Algo tan cómodo no podía resistir la fuerza de lo divino en la historia. **No hay nada que pueda ser ajeno al afán de Cristo. Hablando con profundidad teológica, es decir, si no nos limitamos a una clasificación funcional, hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades —buenas, nobles y aun indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres.**

Este es un lenguaje que puede escandalizar, porque el Evangelio escandalizó desde el principio. ¿No éramos ya adultos? ¿No habíamos relegado la fe a la buhardilla de los trastos inútiles? Le habíamos concedido un puesto como fenómeno, apto para ser estudiado por la sociología de la religión. Ahora, en cambio, se intenta trastocar esto, se pretende una revolución vital e intelectual, moral: Dios no es sólo real, sino lo real por esencia, el que hace que sea todo lo que es.

Todo esto resulta insólito. Quizá. Pero hay una prueba —o al menos un indicio— de su certeza en una realidad experimental. La sociedad humana no ha progresado mucho —más bien lo contrario— desde que algunos lanzaron al aire el ya trillado slogan de **Dios ha muerto**. Se esperaba la liberación de todo y se ha caído en la esclavitud del tedio. Los bienes que iban a apagar la sed se convierten en alimento salado que piden otra agua que ya no se encuentra.

Mons. Escrivá de Balaguer, al meditar cara a Dios sobre estos fenómenos, escribió palabras que han ayudado a muchos a recobrar la valentía de ser: **Lo que verdaderamente hace desgraciada a una persona —y aun a una sociedad entera— es esa búsqueda ansiosa de bienestar, el intento incondicionado de eliminar todo lo que contraría. La vida presenta mil facetas, situaciones diversísimas, ásperas unas, fáciles quizá en apariencia otras. Cada una de ellas comporta su propia gracia, es una llamada original de Dios: una ocasión insólita de trabajar, de dar el testimonio divino de la caridad.**

Hoy, al hablar de Dios, se recurre con frecuencia al estilo indirecto, a un **filtraje** que no incomode a nadie: **A la luz de la psicología, como fenómeno mayoritario, desde un punto de vista antropológico, etc.** Y, como era de esperar, ese lenguaje no convence ni al científico ni al hombre de la calle. Los dos **fleseean realidades y no alquimia clericaloide.**

Mons. Escrivá de Balaguer habló siempre claro y ese es quizá el patente secreto del Opus Dei: **Salvarán este mundo nuestro, no los que pretendan narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta.**

Y es que, como todo dejaba suponer, Dios no ha muerto.